



¿ESPÍRITU SANTO o G-12?

*Una reflexión teológica a la luz de las Escrituras acerca
de la fuerza renovadora del Espíritu Santo
en la vida y misión de la Iglesia*

DR. DAVID E. RAMOS

¿ESPÍRITU SANTO Ó G12?

*Una reflexión teológica a la luz de las Escrituras
acerca de la fuerza renovadora del Espíritu Santo
en la vida y misión de la Iglesia.*

Dr. David E. Ramos



A Manera de Presentación

Cuando comencé a leer el manuscrito original del hoy Dr. David Ramos sobre el Espíritu Santo o G-12, lo primero que vino a mi mente fue cuando lo conocí siendo un estudiante del Seminario, lleno de inquietudes e incertidumbres, pues contrastaba su vocación al ministerio con el academicismo que caracteriza a los seminarios teológicos. David conoció el Evangelio a través de su familia: un padre entusiasta, evangelista itinerante, laico, fundador incluso de algunas obras misioneras; su madre, una abnegada mujer cristiana, intelectual, conocedora de las deficiencias de un sistema educativo que subyace en la comodidad y el desinterés. Ella creó una nueva forma de acercarse al educando a través del trabajo editorial, dando así un valioso aporte a la enseñanza en valores para un sistema educativo humanista.

Siendo muy joven, el Espíritu llevó a David a predicar por los alrededores de donde se crió. Mostraba en su predicación su fidelidad a la Palabra y su compromiso con la gran comisión. Esto lo llevó a buscar su llamamiento en el ministerio pastoral que después de comprobarlo en ministerios para-eclesiásticos se hizo realidad en la iglesia que pastorea actualmente. Iglesia que ha crecido junto a él y donde ha compartido la experiencia del Espíritu Santo, que trasciende denominaciones y proselitismos religiosos.

Hoy el Dr. David Ramos usa la pluma con la capacidad que le caracteriza para sistematizar las ideas, para responder a un diálogo con amigos y hermanos que le cuestionaron su compromiso con el Espíritu Santo del que habla Pentecostés y que le acusaron de usar un sistema de mercado encarnado tristemente en algunas iglesias portadoras más de terapias de pensamiento positivo y autoestima que del Espíritu Santo y del Evangelio del reino.

Espíritu Santo o G12 es un testimonio de vida personal y eclesial que nos narra de manera secuencial y progresiva la aventura de creer en lo que Dios puede hacer, por medio de su Espíritu, para todo aquel que crea. No es un relato de ficción donde se confunde al Espíritu con la lámpara de Aladino para conceder deseos.

Lo que comenzó con un diálogo de amigos se convierte en un testimonio para creer lo que Dios hace a través de una iglesia que encarna el Evangelio y hace un compromiso con la Palabra para convertirse en Misión Integral. Estoy seguro que usted querido lector encon-

trará respuestas más que preguntas a la acción del Espíritu en una iglesia que se esfuerza por dar testimonio en el contexto donde Dios la ha colocado. Contexto que subyace en la violencia, el nepotismo, la soberbia, el orgullo, la vanagloria y sobre todo la marginación en un tejido de la sociedad que la mayoría rechaza por no responder a intereses creados.

En El Salvador la violencia ha generado los índices más altos de homicidios y feminicidios a nivel mundial que a ningún país le gustaría tener, Tanto gobierno como ONGs han creado planes como la mano dura y programas de reinserción que no han respondido a las múltiples causas de esa violencia sistemática y de estado.

La iglesia Betania se inserta en ese tejido social marginado y lleva Buenas Noticias, Esperanza, Luz, y sobre todo SALVACIÓN, pero solo ha sido posible gracias a la acción del Espíritu que da vida. El mismo ESPIRITU de aquel que resucitó de entre los muertos y dijo “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”.

Quiera DIOS por ese mismo Espíritu tocar su vida querido lector y a través de la lectura responda con sensibilidad a las demandas de la misión de ir y proclamar y ver a nuestra sociedad como ovejas que no tienen Pastor.

Pastor David Ramos, gracias por ESE TESTIMONIO DEL ESPIRITU DE VIDA.

Jorge Flores Zapata
Amigo de Jesucristo y de las acciones del Espíritu Santo
aquí y ahora.

Prefacio

¿Espíritu Santo o G-12? Es una pregunta que el autor responde haciendo énfasis en el actuar del Espíritu Santo en la vida de la iglesia que pastorea desde hace 18 años, sin embargo, se detiene en los últimos cinco años. Notará el lector que la referencia al movimiento denominado G-12 no es abordado de manera frontal, solamente se menciona como una referencia que provoca la necesidad de explicar y compartir las maravillas de Dios en una Iglesia visitada por el Espíritu Santo con la evidencia de muchos frutos y carismas; por dicha razón se pierde el interés de conocer el Movimiento G-12 porque se recibe la buena noticia que produce alegría y paz que es mucho mas importante.

La clave para entender la buena noticia que nos comparte el autor la encontramos en su afirmación: “No tengo un método, tengo un testimonio”, los cuales ha logrado resumir en 40 reflexiones que generan esperanza en una realidad de muerte. Encontramos muchas exhortaciones que nos invitan a despojarnos de los prejuicios y a reconocer el ministerio del Espíritu Santo en la comunidad de perdonados. “Yo solo se que antes no veía y ahora veo” dijo el ciego ante los incrédulos que cuestionaban el poder y la autoridad de Jesús quien nos recuerda que “cosas aun mayores que estas haréis vosotros”.

Palabra y Espíritu son los ejes centrales de la presente reflexión y testimonio para abordar armoniosamente, como si de una obra musical se tratara, el avivamiento, la vida cristiana, la renovación espiritual, la misión de la iglesia, el crecimiento y más desde la perspectiva del Reino de Dios de Dios y Su Justicia. En un mundo donde se escuchan muchas voces, la presente reflexión es una voz de uno que clama en el desierto investido de autoridad tan escasa en este tiempo. Para quienes hemos tenido la oportunidad de leer al autor en otras oportunidades pueden coincidir y discernir conmigo que en esta ocasión lo más destacado es la autoridad con la que escribe sobre todo las exhortaciones, sin duda alguna es una autoridad recibida de lo alto para nuestro tiempo que resuena como eco profético.

Seguir el camino de la fe y la obediencia de Jesús requiere de un Ayudador, por si solos no podemos, ya lo dijo el Maestro “no los dejaré solos” y eso es precisamente lo que encontramos en las siguientes líneas: el ministerio en acción del Espíritu Santo a partir de una iglesia local repartiendo nuevo aliento de vida a quienes con humildad lo pedimos.

Roberto Portillo

¿Espíritu Santo o G-12?

David E. Ramos

Recientemente conversé con dos amigos pastores. Lo digo en este orden pues así lo exige el Evangelio: “ya no os llamaré siervos, sino amigos”. Creo que por encima de la forma que adopte nuestros pastores debemos reconocer nuestra amistad en Cristo. Los énfasis misionológicos de Santiago, Pedro y Pablo eran tan distantes y casi conflictivos (tanto que, para Pablo, la teología de Santiago y las componendas pragmáticas de Pedro ponían en riesgo la integridad del Evangelio), sin embargo, sellaron su unidad en Cristo con un apretón de manos. Ese gesto situó las diferencias en otro nivel. Ya no se trataba de unirse en un programa sino de reconocer a las personas y los dones que le habían sido confiados. No era cosa de buscar un consenso doctrinal o de definir una estrategia común, sino el reconocimiento de la pluralidad en el cuerpo. Eso fue algo que siempre preocupó a Pablo, no obstante sus fuertes encontronazos con Santiago y Pedro. En ese gesto, debemos entender que el camino que nos conduce a la fidelidad al Evangelio no son la intimidación y la explotación de las relaciones de fuerza, sino la reconciliación y el diálogo que permite suscitar las convicciones.

En sus comentarios, ambos dieron por sentado, sin duda alguna, que las cosas que sucedían en nuestra iglesia eran el resultado de nuestra vinculación a un movimiento que se denomina G-12.¹ Inmediatamente, les salí al paso para esclarecerles tan lamentable

1 Es difícil querer resumir tantas cosas que se dicen del G-12. Muchas a favor y muchas en contra. La pregunta básica sería ¿qué es el G-12? En las páginas del internet, por un lado, se habla de él como “herejía”, “secta”, maldición”, “plataforma del anticristo”, “plagio del opus dei”, etc. Por el otro lado, se habla del g12 como “nueva visión”, “movimiento de restauración del altar de Dios”, “movimiento de reconciliación familiar”, “movimiento de compasión por las gentes, pastoreo de multitudes, ejercer autoridad sobre el enemigo y reproducir las enseñanzas de Jesús”.

Para fines de este documento no expondré un análisis, una postura, una definición o una reflexión de dicho movimiento. Dos son mis razones: 1) No tengo un conocimiento del tal y no podría pues hablar con propiedad. Puede ser parte de una reflexión posterior. 2) No es mi intención hablar de este tema en estas páginas, pues mi orientación va hacia lo que estamos viviendo como congregación local y cuál es nuestra interpretación.

Para quienes deseen investigar personalmente el tema, los remito a las siguientes direcciones electrónicas que pueden informarles de acuerdo a la perspectiva de cada editor. Mi consejo es el de Pablo: “Examinadlo todo, retened lo bueno”. Encontrarán: www.elg12noesdedios.blogspot.com; www.g12media.tv; www.laverdaddelg12.galeon.com; www.g12.com.ve.

confusión. Personalmente, no he leído jamás, de manera sistemática, un manual de G-12 o participado en una conferencia para conocerlo. Ni nuestra iglesia responde a una perspectiva semejante. Entonces, me preguntan, por qué hacen eso que ustedes llaman “Renuevos”; pues no es sino otro nombre para llamar a los encuentros del G-12, agregaron.

Tal conversación me provocó una serie de reflexiones que quisiera compartir con ustedes, confiando que el Espíritu y la Palabra, herencias de nuestro Señor, puedan guiarnos a una mayor fraternidad y compromiso por los asuntos del reino de Dios y su justicia en nuestra América Latina. No pretendo despejar en este corto espacio todas las inquietudes de cada uno, pero, por lo menos, esclarecer en alguna medida lo que es nuestra particular manera de servir a Jesucristo.

Enumeraré las reflexiones a manera de tesis o afirmaciones, aparentemente sueltas y sin conexión. Pero sí llevan un nexo: la renovación eclesial que brota del Espíritu. Cada una de ellas busca esclarecer, iluminar y animar a otros a la renovación de la iglesia, su vida, pensamiento y misión.

1. Existe una tendencia en la costumbre evangélica, no muy saludable, a hacer generalizaciones a partir de fenómenos externos. Es decir, juzgar a los demás sobre caracterizaciones que damos por sentado o clasificaciones sobre elementos que ya establecimos. O sea, elaboramos estereotipos² que llenan de prejuicios nuestros análisis. Esto, por supuesto, cierra la posibilidad a descubrir nuevos caminos o experiencias de Dios en la historia, pues nos conduce a la deslegitimación de las expresiones que no cazan con nuestro propio perfil o atribuir manifestaciones de Dios a un origen nefasto. Recuérdese la

2 Un estereotipo es una imagen o concepto simplista, incompleto y/o generalizador sobre un grupo de personas. El origen de la palabra se relaciona con los moldes que se utilizaban para repetir una forma de manera repetida e indefinida (Gr. stereos/tipos) Todas las personas utilizamos estereotipos, y es muy difícil sustraerse a ellos. Por eso, si se trata de las personas, para no ser injustos o descalificadores, cayendo en la discriminación o en las generalizaciones, es importante conocerlas, para evitar encasillarlas. Ejemplos: “los hispanos son los extranjeros ilegales”, “los musulmanes son terroristas”

Si tratamos de definir la palabra “estereotipo” como lo haría un diccionario obtendríamos una definición más o menos así: “Conjunto de ideas que un grupo o una sociedad obtiene a partir de las normas o patrones culturales previamente establecidos”. Esto demuestra que en el fondo los estereotipos son el producto de la atribución de una determinada característica a objetos (o grupos de personas), que tiene su origen en una generalización indebida o demasiado aproximativa y arbitraria de la realidad, y que, por lo tanto, tiende a prescindir de cualquier conclusión lógica o de una comprobación experimental.

acusación religiosa que hicieron a Jesús de atribuirle al diablo el poder sanador de Jesús.

2. Esto es caer en el simplismo de la conclusión de quienes observaron la llegada del Espíritu el día de Pentecostés: Estos están ebrios. Valorar algo a partir de los fenómenos externos puede ser un error de todos. En el caso de quienes viven una visitación del Espíritu pueden caer en ya no anunciar a Cristo que sella su presencia con la llegada del Espíritu, sino que promueven la repetición cíclica de los fenómenos que acompañan tal llegada. Olvidando, por cierto, que lo trascendental no son los fenómenos que se den, los cuales pueden variar en la multiforme gracia de Dios. Más bien, importa la fuerza de transformación y la capacidad liberadora que tiene tal deramamiento. Los que observan deslegitiman, muchas veces, la manifestación por tener parecido o semejanza a otras realidades de la experiencia humana.

En el caso de Pentecostés, los presentes atribuyeron lo que vieron en la comunidad cristiana a una situación de embriaguez del vino. Sin embargo, lo trascendental el día de pentecostés, no era ni siquiera las lenguas como elemento fenomenológico, sino la comprensión de que el Crucificado había sido entronizado para traer un tiempo nuevo a la humanidad, los últimos tiempos habían comenzado, el Espíritu como primicia de liberación, ya estaba presente. El Mesías reina y trae vida a esta creación, haciendo que el Espíritu vuelva a moverse sobre la faz de las aguas. ¡Aleluya! La nueva Creación empieza: El Espíritu se mueve y la Palabra se proclama. Los agentes creadores presentes en el Génesis vuelven a surgir. El “ya” del reino comenzó en Jesús Encarnado, Crucificado y Resucitado. Queda un “todavía no” del reino, pero ya contamos con las primicias. Fue lamentable la deslegitimación de los presentes refiriéndoles a un estado etílico, pero hubiese sido más lamentable oír de Pedro una apología de las lenguas. Al final, no son los fenómenos externos los que deben interpretar o clasificar nuestras experiencias eclesiales, sino la evidencia de la presencia del Evangelio como fuerza de salvación y de transformación.

3. El Maestro dijo «por sus frutos los conoceréis». Esto implica no juzgar el árbol por sus hojas, ni por sus ramas, ni por su

altura, sino sólo por sus frutos³. Pero esto implica observación, espera, expectativa, fraternidad crítica, apertura a lo nuevo, cosas, por supuesto, extrañas a nuestra costumbre de ser evangélicos.

Los frutos referidos en el Evangelio, se refieren a la nueva creación, a los signos que anuncian que Dios ha visitado este mundo para llenarlo de su gloria. Normalmente, los evangélicos reducimos el tema de los frutos a los resultados cuantitativos. Las metas son numéricas. La eficacia o valor de un pastor es medido a partir de sus resultados matemáticos. Esto angustia a muchos pastores pues implica sus sostenibilidad y su honor. Lo cual les empuja a la búsqueda de metodologías de crecimiento congregacional. Para los que buscan sobrevivir como para los que buscan posicionarse en el mercado religioso, la masificación se vuelve un asunto de rigor científico y mediático, corriendo el riesgo de la manipulación y la superficialidad del Evangelio. Por eso es necesario volver a insistir que al hablar de frutos, Jesús se refería a algo mucho más integral respecto a la calidad de la vida humana que el reino propone y no necesariamente reducir a la yuxtaposición de las gentes.

4. Los elementos externos de una experiencia del Espíritu de Dios, cumplen, más bien, una función de “piedra de ruptura” o “punto de quiebre”. Es decir, de acuerdo a lo entendido por estereotipos, anteriormente definidos, la religión llega a establecer formas sagradas de cómo la divinidad debe obrar entre los hombres. La iglesia no escapa a este fenómeno sociorreligioso. Siempre terminamos identificando a Dios con representaciones literarias,⁴ doctrinales, litúrgicas, etc. Entonces, Él, de repente, aparece de forma inesperada para quebrar

3 La grandeza de la iglesia no se mide por la pomposidad de sus edificios (Roma sería, entonces, una iglesia gloriosa); tampoco por la capacidad tecnológica o de crear industrias de comunicación (Bill Gates fuera el nuevo mesías y CNN fuera la nueva eclesiología); Ni siquiera lo extravagante de su culto es criterio de genuinidad evangélica. (un montaje escenográfico no es sí mismo fuerza liberadora. Más bien se nos ha demostrado que puede ser instrumento de manipulación: Una cosa es reconocer las “locuras” de Dios, otra, las “payasadas” [J. Flores] de muchos pastores)

4 Yo amo, respeto y vivo en la Escritura desde mi niñez. Pero estoy claro que la Biblia no es mi Dios. Muchos lo dicen de una forma muy bonita pero, a la final, herética: “La Biblia es nuestra máxima autoridad”. Repito: amo la Escritura, no digo nada que no esté ahí, es el referente de mi teología, pero no es la máxima autoridad para la iglesia. Pues la mayor autoridad de la iglesia no es un libro, sino una persona: Jesucristo. Él está vivo y reina personalmente sobre la iglesia.

nuestros moldes religiosos. Ante ello, nuestra respuesta es, casi siempre, de deslegitimación en razón que eso no encaja con nuestra manera tradicional de entender la presencia de Dios entre nosotros.

Eso le ocurrió a los contemporáneos de Jesús. En verdad, ¿Cómo creer que el Mesías prometido sería el hijo de un carpintero y de una campesina de Nazaret? ¿Cómo imaginar que el Hijo del Altísimo nacería en el pesebre y no en el palacio de Herodes o en la familia sacerdotal del templo? Los sabios del oriente –que ni eran tres ni eran reyes– siguieron en un principio la lógica humana, pues si había nacido un rey había que buscarlo en un palacio. Fue la revelación de Dios que les cambió su concepción de “éste” Rey. El fue un Rey “al revés”, un reinado “contracultura”. Pero la dirigencia religiosa no lo vio así. La “forma de siervo” no era coherente con su teología oficial. Lo nuevo, lo diferente, lo que rompe esquemas es siempre un problema para que la iglesia institucionalizada entienda que Dios es Dios y hace lo que Él quiere.

5. La misión de la iglesia no puede ni debe reducirse a un proyecto mediático ni a una estrategia de crecimiento eclesial. Esto es perder la brújula y el encargo de nuestro Señor. La misión como un mero proyecto mediático puede conducirnos a la proyección de una imagen que esté, muchas veces, lejos de un vigoroso testimonio, nos lleva al montaje escenográfico. Nos hace olvidar que el verdadero escenario no está en el templo sino en la sociedad⁵. No es cuestión, simplemente de hacer bonitos montajes litúrgicos, sino demostrar la fuerza espiritual de producir transformaciones que conduzcan a nuevos escenarios históricos como fruto de la Palabra, la integridad y la misericordia. Al final, si nos quedamos sólo con lo mediático seremos sólo metal que resuena y címbalo que retiñe. No cuenta, al final, la cantidad de gente que llega a nuestros templos sino cómo se van transformando los ámbitos de vida de quienes llegan al Evangelio.

5 En el Nuevo Testamento se le denomina a Jesús como nuestro “gran sumo sacerdote”, pero ¿Cuándo ministró en el templo? ¿Cuándo ofició en el culto? ¿Cuándo participo de la liturgia del sacrificio? ¿Cuándo entró al lugar santo del templo? ¡Nunca! ¿Porqué, pues, se le denomina sacerdote? Él realizó su sacerdocio en las aldeas, en los caminos, a la orilla del lago. Es decir su templo fue la calle; su membresía, los necesitados y marginados; su poder, el Espíritu Santo. En otras palabras, su sacerdocio tuvo que ver con la capacidad espiritual para servir en las construcciones de nuevas realidades humanas, familiares, sociales y religiosas.

Esto no significa, en modo alguno, el desprecio por los medios de comunicación como herramientas valiosas para la misión, pero sí significa tener claro que el poder de la iglesia no es el poder de los medios sino del Espíritu de Dios. Un medio de comunicación dirigido en la perspectiva del reino de Dios, no será tan comercial pero sí iluminador para transformar nuestra nación. Un pastor cuyo uso de un medio de comunicación está orientado a la construcción de su imagen independientemente de su integridad, compromiso con la misión, acompañamiento a su congregación y trabajo por la proclamación del evangelio, se volverá un arquitecto de montajes pero no obrero del reino de Dios. Una iglesia debe vivir de pastorales reales no de eventualidad mediáticas. Un medio de comunicación al servicio del reino significa: la centralidad de las Escrituras en todo cuanto se diga; la promoción de la vida, el amor, la verdad, y la justicia; la pluralidad de proyectos eclesiales que se encuentren como compañeros de misión; presencia y atención de niños y mujeres en su programación. En fin, debe reflejar todo el itinerario ministerial de Jesús.

6. La misión como reducción a una estrategia de crecimiento eclesial ya demostró su falacia. Pensar que crezca la iglesia y no se testifique el reino ha sido la raíz del fracaso misionero de la iglesia. La iglesia debe estar saludable y demostrar signos vigorosos de vida. Pero tal salud no viene de corrientes de desarrollo psíquico, ni de superación personal, ni de estrategias del ejército regular, ni de psicologías conductistas, sino de la obra del Espíritu y de la Palabra como fundamentos de la vida, misión y teología de la iglesia. La misión no es la iglesia sino el reino. Por eso la salud de una iglesia no se mide por su exquisita arquitectura, ni por la solemnidad o algarabía de su reunión, ni por su exactitud dogmática, ni por su antigüedad legendaria, sino por la capacidad que le acompañe de parte de Dios para traer liberación de toda esclavitud que oprime al ser humano. No cuenta sólo las vidas que son transformadas sino también la transformación del entorno familiar, laboral, comunitario en que viven. La alegría de una iglesia no está al final en la afluencia de las masas a nuestros templos sino en la llegada de un mundo nuevo a sus vidas y familias. Esto implica mucho, pero mucho más de lo que propone las actuales técnicas de crecimiento de la iglesia.

Esto no debe entenderse como un menosprecio por el crecimiento cuantitativo de la iglesia. Pues donde se mueve el Espíritu siempre hay vida y crecimiento: El Señor *añadía cada día* los que habían de ser salvos. Esto también fue un resultado de Pentecostés. Léase bien, cada día, no cada mes ni cada año. El conformismo de muchas iglesias con el estancamiento que tienen no es bueno aunque se escuden tras argumentos de crítica a los que crecen.

Ed Stetzer, director de LifeWay Research, ha realizado una investigación en la que concluye, entre muchas cosas que **“hay iglesias locales denominacionales muriendo a una tasa de ocho por día”**. Agrega: “este no es un problema exclusivo de las iglesias bautistas, dos tercios de las iglesias de las Asambleas de Dios, y el 80% de las Iglesias del Nazareno enfrentan el mismo problema”. No podemos seguir escudándonos en los testimonios torcidos de muchas megaiglesias para justificar nuestro raquitismo. No podemos convertir el texto de Mateo 18, 20⁶ como nuestro programa de vida y crecimiento eclesial. Ese conformismo, solo es el reflejo, muchas veces, de acomodamientos pastorales, congelamientos espirituales y amnesia de nuestra misión sobre la tierra. Muchos han convertido sus fracasos pastorales o agravios eclesiales en teologías que justifican un desprecio por la iglesia. Nadie puede subrayar su amor por Cristo sin amar a su esposa, que es la iglesia.⁷

No es el momento sólo de criticar a los que crecen. Es momento de modelar el crecimiento de la iglesia que nace del Espíritu y de la Palabra y se pone al servicio del reino de Dios y su justicia. Tal crecimiento será en sí mismo una crítica a modelos enemistados con el reino, pero también una espe-

6 “Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”.

7 Alguno me dirá: “tú porque no has sufrido el desprecio, la marginación y que te bloqueen tus proyecciones pastorales”. Yo te diría: No me conoces, no sabes los años duros y difíciles que he pasado. Un día mis compañeros de camino me dieron la espalda en los momentos que más necesité. Fueron años pastoreando una iglesia cuyos líderes no querían responder al dinamismo de la vocación misionera de la iglesia. Pero todo eso, en lugar de producir heridas abiertas, decepciones ministeriales, fueron cosas que Dios usó para formarme y reconocer en las cosas que debía crecer. Un pastorado no se construye sin adversidades ni desprecios. Mi Cristo me enseñó a perdonar aún a los que los crucificaron. El asunto es que eso implica buscar su rostro y lavar nuestras heridas al pie de la cruz, de modo que al levantarnos de su presencia, estemos radiantes como si nada hubiese ocurrido.

ranza que se puede ser iglesia al servicio del reino. Este es mi sueño.

7. Lo que nuestra iglesia ha experimentado, comenzando conmigo, no es el hallazgo de una corriente eclesial, o una moda teológica. No, eso sería despreciar la rica formación que el Padre me ha dado en tantos años. No hemos hallado una estrategia sino que nos hemos reencontrado con una Persona. Esa Persona que dijo Cristo: “no los dejaré solos, les enviaré al Consolado”. Ese Espíritu que desde siempre venía conduciéndonos de manera misteriosa quería tomar el control de la iglesia de manera explícita y eficaz. Es simplemente una renovación de nuestra comunión con Él. Es reconocerle como el verdadero artífice de nuestras vidas, de la iglesia y de la creación misma. Es experimentar de una forma no conocida la promesa de “recibiréis poder” como experiencia habilitadora para la misión. Es volver a vivir el paso de unos discípulos timoratos y acomodados a unos discípulos que recomprenden el Evangelio como sistema de vida personal, congregacional y social, y le apuestan la vida a ello.

¿Qué ha pasado entonces? Simplemente una investidura del poder de Dios sobre nuestras vidas para llevar adelante la misión integral que durante años Dios nos ha mostrado. Durante mucho tiempo hablamos de misión integral mas nunca nos movilizamos a hacerla.⁸ Éramos una iglesia con conocimiento pero sin movimiento. Una iglesia con buen discurso teológico pero sin misión. Dios no ha cambiado lo que al calor de la Fraternidad Teológica Latinoamericana hemos aprendido: ni la vocación liberadora del Evangelio, ni la contextualización de la Palabra, ni la integralidad de la misión. Lo que sí ha cambiado es nuestro lugar dentro de esa misión: Nos hemos levantado para dar continuidad con poder, con alegría, con fraternidad y con esperanza, la obra que el carpintero de Nazaret inició y que hoy continúa en la

8 Y valga esta valoración para muchos líderes, iglesias y Ong's cristianas. Para muchos, la misión integral es *teoría* (discurso estructurado y atractivo, signo de ser alguien “pensante”; tecnócratas de la misión integral, pueden citar libros, eventos, teólogos pero no hacen nada. Sólo son currículo pero no hay obra concreta), *modus vivendi* (simplemente una forma de ganarse la vida, un trabajo de ocho horas, que al cumplirse la hora, también se termina su misión integral), *relaciones eclesiales* (plataforma para conocer otros países, volverse “vagos de lujo” [J.Flores]).

persona del Espíritu Santo. Quienes me conocen, no me empujaban pensando que he reducido la obra de Cristo a una cuestión metodológica.

8. Quiero relatar brevemente la experiencia que renovó mi ministerio. En febrero del 2005, Dios me reta a una decisión a la que rehusé tajantemente y a la que accedí sólo por obediencia a la Palabra. En cierta ocasión estudiaba, para la predicación del domingo, el pasaje de Juan 9 sobre la sanación del ciego. Tal milagro causó repulsión entre los profesionales de la teología: “Eso hombre no viene de parte de Dios, porque no respeta el sábado”. ¿Cómo te abrió los ojos? Preguntaron. Debí ser repugnante para ellos oír que Jesús escupió, hizo lodo y se lo untó en los ojos. Sin embargo, para el ciego el método era indiferente. Él sólo dijo: “Lo único que sé es que yo era ciego y ahora veo”. Esto contrastaba con la condición y señalamiento que los ciegos eran los fariseos. Llegué al versículo en el que Jesús declara: “he venido para que los ciegos vean, y los que ven se queden ciegos”.

Yo sentí que Dios me preguntaba: “¿De cuáles eres, del ciego necesitado y, por tanto, receptor dócil a cualquier acto de Jesús, aunque parezca repugnante o a los profesionales de la religión?” “¿No quisieras que yo te haga ver cosas que no ves?”. A lo que con prontitud respondía “Claro, ¿cómo voy rechazarlo?”. De nuevo Dios me decía “¿No importa si yo quisiera usar otra vez lodo con mi saliva para darte visión?”. “No, no me importa” fue mi respuesta. Bueno le dijo Dios quiero que vayas a un encuentro⁹. Eso cayó como balde de agua fría. Una cosa era rechazar a muchos líderes que me retaban o invitaban a participar en uno, y otra era la confrontación que Dios me hacía.

Todo mi caminar teológico se juntó, unánimemente, para resistir semejante orden. Era un golpe a mi intelectualidad. Era un rebajarse a una orgía del sentimiento, renunciando a la sobriedad de la razón. Era exponerme a la burla y a la vergüenza de quienes me consideraban un referente de la reflexión teológica en el país. Era, realmente, colocarme en

⁹ El encuentro es una actividad que se realiza dentro del paquete del G12. Consiste en un proceso de reunir a un grupo de personas durante tres días para producir en ellos una libertad espiritual. Al igual que todo el G12, esto también está envuelto en un torbellino de opiniones encontradas.

algo indeseado. Pero la fuerza de la Palabra fue más grande que mi orgullo.

Luego de luchas en mi interior, de la resistencia de mi mente, finalmente, asistí a uno de esos eventos que consideraba “lodo”. Un “lodo efectivo” para otras gentes pero no para mí: Efectivo para los desajustados emocionalmente, para –según mis notas de análisis en el encuentro- los que atraviesan por crisis personales como enfermedades, separaciones, desempleos, conflictos internos, personas vinculadas a prácticas ocultas, personas con desequilibrios psíquicos. Para todos ellos se ve como algo bueno, pero no para mí: un hombre entendido en las cosas de Dios desde mi niñez, un honorable pastor bautista, un profesor de teología.

En todo el tiempo que estuve allí siempre le pregunté a Dios para qué me había llevado allí. Consideré que puede ser de utilidad para muchas personas salir de la rutina, reunirse tres días para oír hablar de Dios, ser atendido como príncipe, ser objeto de clamor e intercesión de parte de los hermanos, poner necesidades en oración, ser invitados a considerar nuestros caminos. Son cosas buenas.¹⁰ Pero, yo ¿Qué? No estaba en la condición infrahumana de todas esas personas. La actividad estaba por terminar, yo con mucha satisfacción le decía a Dios: “Bueno, yo vine por obediencia a tu Palabra, así que no digas que no obedecí”. Yo no experimentaba nada, ningún tema para mí fue relevante, ninguna atención me impactó, ningún gesto me conmovió. Lo cual me acentuaba la inutilidad de mi presencia en tal lugar, pero me asistía la dicha de haber acatado el sentir que Dios puso en mi corazón.

Luego vino lo que jamás imagine allí ocurriría conmigo. Ya todo terminaba sólo quedaba un gesto: un bautismo de renovación espiritual. Por supuesto, me negué rotundamente. No por razones teológicas, bíblicas o eclesásticas¹¹, sino sim-

10 Entiendo que existen diferentes modalidades de realizar los encuentros –quizá según la zona geográfica o el nivel de formación del liderazgo que lo promueve-. Lo que narro es lo que allí pasó. Es decir, parto de lo que se allí se dio. A mi parecer no hubo nada reprochable –mejorable tal vez- o indigno con mi comprensión del Evangelio. No puedo hablar por lo que pasa en otras experiencias, ni avalo la práctica de otros, solo digo lo que vi y oí.

11 Personalmente no tengo conflicto alguno con la práctica de bautismo. Hasta hoy no entiendo por qué deba practicarse una sola vez. Cuando Efesios 4, 5 habla de “un bautismo”, el “un” no tiene ninguna connotación matemática, es decir no se refiere a cantidades, sino a la naturaleza del bautismo. El contexto es de unidad no de procedimiento para bautizados. Es más, la identidad bautista nace justamente como un rebautizamiento de

plemente por inutilidad. No le veía el sentido: ¿Qué podía significar hacerlo? Me retiré a mi cabaña para esperar la hora de irnos y descansar un poco mientras otros se sumergían. En este momento, un hermano, sencillo y con tono casi de temor, se me acercó. ¿No entrará al agua me dijo? –me dijo- A lo que respondí, tajantemente, un rotundo no. Apelo a una reflexión –convinciente en su pensar- y me dijo: si se precisara el lugar exacto del río Jordán donde se bautizó Jesús, ¿usted no quisiera hacerlo allí mismo? Nuevamente –dije- un no firme con un tono que ya no estaba dispuesto a seguir ese tema de conversación. Sólo me dijo: y qué pierde con hacerlo. Nada –respondí-. Pero tampoco gano nada con hacerlo, agregue.

Justo allí, viene a mi mente el relato de Naamán. Un hombre de mucho prestigio, gozaba del favor de la corte y era un soldado valiente. Pero tenía lepra. Supo que en Israel estaba el hombre de Dios que podía sanarlo. Fue, pero se encontró con dos cosas desagradables a su condición de nobleza: el profeta no salió a atenderlo personalmente y le ordenó meterse en un río de pobre honor. Furioso, dio media vuelta y se marchó. Sus criados le instaron e insistían en hacerlo: si lo único que le dice a usted es que se zambulla –le decían-. Con esa Escritura en mi mente, sentía que yo era el Naamán y ese hermano, los criados. Y nuevamente sentí el reto en mi corazón: ¿Cuál es el problema de zambullirte si yo te lo ordeno? Confrontado de tal manera, le dije a Dios: No pierdo nada, pero tampoco veo que gano nada, pero si eso es lo que quieres, lo haré. No lo tome como un bautismo sino como cumplir la orden de zambullirme, si era lo que Dios quería.

Entré a mi cabaña, comencé a desvestirme y a ponerme la ropa de baño, cuando sucedió lo inefable, lo inexpresable. Dios me salió al paso. Tuve una epifanía divina como la de los profetas del Antiguo Testamento o como la Saulo en el ca-

los creyentes. La genuinidad de la vida cristiana se demostró en la decisión consciente de volverse a bautizar. En otras palabras, dicho rebautizamiento era signo de una vida espiritual auténtica. De hecho en la tradición bautista se debe volver a bautizar quien no lo haya sido por inmersión. Mucho más si es ordenado al ministerio. No miraba el sentido de hacerlo. Cuando veo el bautismo de Jesús, veo su participación en un símbolo totalmente en ruptura con la religión establecida. Jesús se deja pastorear por alguien que no es del personal sacerdotal, acude a un lugar que no es el templo, toma parte de un gesto que no tenía nada que ver con el sistema sacrificial. No me asustaba pues el hecho en sí sino la orientación o significado. No lo veía hasta allí.

mino a Damasco. Dios se me apareció de una forma tan real y a la vez indescriptible. Quererla expresar es correr el peligro de racionalizar el misterio. Su Palabra quebró mi orgullo y mi conformismo. Comenzó a reclamarme como me convertí en trabajador de una estructura eclesial y no siervo de él. Me mostró como me había convertido en un profesional del Templo y no en siervo de la Palabra. Cómo había olvidado quién me había llamado y a quién realmente debía servir. A la vez que me encomienda y retaba a una tarea impostergable: la renovación espiritual de la iglesia, la proclamación integral del Evangelio en la zona norte de San Salvador y transmitir la Palabra en los medios de comunicación. Esto me provocó un quebranto tan profundo que lloré interminablemente como un niño a los pies de su Padre. Lloraba de dolor, de angustia, de indignidad, ¿Cuántas cosas había dejado de hacer para mi Señor? ¿Cómo la agenda humana se había superpuesto a mi vocación? Lloré, lloré y lloré. Pero su Palabra fue de consuelo también. Me dio promesas. De ellas me tomé, pues sabía que la labor encomendada no sería fácil. Su gloria restauró mi llamamiento. Dios me llenó de una presencia especial, de una autoridad espiritual y de una fluidez en la Palabra.

Vi a mi Señor, oí su Palabra y sentí su mano sobre mí. Nada fue igual. La gente sólo escuchaba mi llanto, fueron a verme pero no respondía. Estaba en un éxtasis espiritual. No escribo esto para promover una determinada actividad. Sino simplemente describo lo que ocurrió. Creo que Dios quería trabajar con mi orgullo intelectual y con mi acomodamiento pastoral. Quería simplemente revelarse como mi Dios. No fue una actividad, no fue un programa, no fue una teología, fue, solamente, Él. Él me habló, Él me tocó, Él me llevó. No descubrí una corriente de pensamiento, no formé parte de un lavado de cerebro, no me convenció nadie. Fue Él, su Espíritu y su Palabra. Fue su presencia, me habló y todo cambió.

Mi regreso no fue fácil. Toda la estructura eclesial se comprimó para protegerse. Sin más poder que el del Espíritu me abrí camino. Dios partió el mar, el pueblo pasó gozoso. Nunca tomé confrontación contra nadie, pues el problema no era de personas sino de mentalidades: El modo en que habían sido enseñados. La mayoría, de los que en ese momento estaban, se unieron al río que había salido del trono de Dios. Una

minoría muy pequeña ya no se siento a gusto con los nuevos tiempos y se retiraron por decisión propia. Nunca sacamos a nadie. Se excluyó a sí mismo el que no quiso dar pasos de transformación.

Ahora, se congregan cerca de 1500 personas. Se está creciendo en un promedio de 50 a 60 personas al mes. Hay ministerios fructíferos para todos los sectores golpeados por la sociedad. Dios ha hecho cosas maravillosas. Decimos como el salmista “parece que estamos soñando”. Hemos aprendido que la experiencia de Dios no es la renuncia al sueño del reino de Dios, es decir, de la renovación de todas las cosas. Al contrario, es la única manera de cómo puede la iglesia empoderarse para llevarlo a cabo. El gozo del Señor no es escapismo sino compromiso.

El propósito de Dios de reunir todas las cosas en Jesucristo, sólo es posible cuando la iglesia se reviste del poder del Espíritu para quebrar estructuras de opresión, pecado y muerte. La misión integral no se realiza por expertos en definirla, sino por hombres y mujeres cuyos corazones arden ante la Palabra y cuya totalidad de vida es replanteada ante el Resucitado. Fortalecidos y gozosos por el Espíritu Santo enfrentan el reino de la muerte¹². Ellos, han experimentado una reorganización de su vida: rompieron el odio que los amarraban a desear la muerte, abandonaron las frustraciones que los ligaban a sus vicios y sus consecuencias y, descubrieron los nuevos horizontes que el Padre desde la eternidad preparó. De esta manera se han transformado en mensajeros de las buenas nuevas.

Somos una iglesia llena de niños y jóvenes, quienes serán el futuro y construirán la iglesia del mañana. Se han restaurado tantas familias, muchos jóvenes han salido de pandillas para seguir a Jesucristo, líderes de bandas se congregan para servir a Dios, prostitutas han sido honradas, jóvenes con odios indescriptibles han sido sanados, enfermos han sido curados: A los pobres verdaderamente se les ha anunciado la buena nueva. Cristianos retirados se han reconciliado. Se ha formado una ONG para atender las necesidades del Norte del Gran San Salvador, tenemos trabajo de restauración en Cuscatan-

¹² Ireneo de Lyon decía: “El Hijo (la Palabra) y el Espíritu son las dos manos con las que el Padre redime su creación”

cingo, Apopa (Valle del Sol, Madre Tierra, La Ermita, Valle Verde, El Tanque, Tikal), Aguilares.

El ministerio pastoral es ahora verdaderamente integral: La educación teológica sigue siendo su desafío (a mi regreso de España fundé la Escuela de Ciencias Bíblicas bajo los auspicios de la FTL, sigo dando cursos de Exegesis en universidades y seminarios teológicos, la creación de la Escuela de teología en la iglesia local); la atención a los más necesitados (Su Reestructuración de vida mediante el Evangelio, la búsqueda de oportunidades mediante la ONG y atención en hora de calamidad nacional); la proclamación de la Palabra (en 30 lugares diferentes en la zona norte de San Salvador y en nuestros grandes eventos anuales de Noches de Buenas Nuevas); la renovación espiritual (Mediante el trabajo de los renuevos); El equipamiento de nuevo liderazgo generacional; Una adoración gozosa y transformadora; un acercamiento a las diferentes comunidades y hogares que atendemos con todos nuestros ministerios; trabajamos mano a mano con iglesia y pastores de distintas denominaciones, hemos aprendido que el reino de Dios no tiene sesgos denominacionales. En fin, la iglesia marcha con gozo y alegría conquistando la tierra que le ha sido entregada. Sembramos con lágrimas pero hemos cosechado con alegría. Dios ha sido bueno. Dios ha confirmado su Palabra. Dios ha respaldado lo que me entregó ese día. He procurado no faltar a nada de lo que me fue dado. Mi carga se ha vuelto grande, pero Dios ha puesto siervos y siervas con quienes trabajamos hombro como en el principio.

9. Debido a lo que Dios está haciendo en nuestra iglesia, muchos pastores se me acercan para pedirme el método que estamos usando, pues quieren tener “eso” que está pasando en Betania. Y ¿Qué pasa en Betania? No sé como sintetizarlo, pero pasan cosas maravillosas. ¿Saben la que más me ha alegrado? Este día un noticiero de televisión dijo que en Apopa se estaba dando un fenómeno importante: “las familias que hace unos años habían huido por la violencia vorágine de Colonias como Valle del Sol, Tikal y Valle Verde estaban regresando a sus casas pues se había experimentado un descenso considerable de la violencia”. Esto me alegró porque sé que son zonas donde tenemos mayor trabajo. Sólo de ahí viven cerca de 250 personas a la iglesia. Tenemos lazos frater-

nales con los pastores de esas colonias, trabajamos junto a sus iglesias, les servimos en todo lo que podemos y hemos trabajado duro para que sus iglesias despierten espiritualmente, crezcan y sirvan a las colonias donde Dios las ha puesto. Allí los jóvenes ligados a las maras se han transformado por el poder de Dios. Una de las cosas más lindas de Dios es tener en nuestros renuevos jóvenes de las maras 18, Máquina, MS, juntos en el mismo lugar y a la misma hora, hablarles de la Palabra de Dios y ver cómo al principio suben a la montaña como enemigos a muerte pero descienden como hermanos en Cristo. En cinco años hemos pasamos de 75 miembros a un poco mas de 1500 hermanos y hermanas. Esto, por supuesto, sólo es el dato formal, lo que cuenta son las historias de vida, de esperanza, de reconciliación, de sanidad, de resurrección, de ser recreados por el Espíritu, de trabajo con las comunidades. Estamos en la zona norte de San Salvador¹³ a través de nuestra fundación ACER (Asociación Cristiana El Renuevo) trabajando también en la promoción de los Derechos Humanos, la prevención del VIH-SIDA, Promoción de la justicia, y muchos programas ligados a la promoción de la vida y el desarrollo comunitario. Tenemos en Valle del Sol una panadería para la incorporación de los jóvenes a la vida productiva y sostenimiento para sus familias.

¿Cuál método? No hermano, esto no es un método. Es simplemente el reverdecir, el resurgir de una iglesia que obedeció un llamado y buscó con hambre y sed al Espíritu Santo y él despertó en nosotros la Poderosa Palabra de Jesús que sacudió y renovó nuestro amor por él y por el mundo que él tanto ama. Jamás hemos colocado metas cuantitativas en nuestro trabajo. Jamás buscamos el crecimiento numérico como objetivo. Dios lo sabe. Simplemente nos pusimos a hacer la misión, no cualquier misión, la misión integral, y Dios trajo todo lo demás. *No tengo un método, tengo un testimonio.*

Muchos me dicen si vamos a construir un nuevo templo, para dar cabida a tanta gente que se está integrando a un ritmo vertiginoso. Solo en un año pasamos de 800 a 1500 personas.

13 El Salvador está considerado el país más violento de América Latina. Y en el país, la zona norte del Gran San Salvador es la zona más violenta donde se realiza el 38% de todos los crímenes en el país. Son los municipios de Aguilares, Apopa, Ciudad Delgado, El Paisnal, Guazapa, Mejicanos, Nejapa, Tonacatepeque y Cuscatancingo. El trabajo en esta zona va empezando. Apopa se ha convertido en el municipio más violento de El Salvador.

Yo les digo que no. Se reunirán los que quepan, en la cantidad de cultos que podamos llevar. Luego, que se desborde hacia otras iglesias que sé Dios tiene para ser nuevos continentes de estas vidas transformadas. Pues no somos sólo nosotros, el dueño de la viña tiene muchas más congregaciones. En esta guerra no estamos solos. Hemos bendecido a muchas congregaciones, hemos trabajado duro para que otros también crezcan, quienes han querido han recibido. Mi anhelo es una red de congregaciones locales que desde su propia dinámica e identidad trabajemos para el reino de Dios en este país que se desangra.

10. Desde mi niñez crecí muy ligado a las iglesias de la Misión Centroamericana. Allí comí y bebí de Dios toda mi infancia. Agradezco a Dios por esa herencia: amor por la Palabra, coherencia testimonial, perseverancia, servicio desinteresado a Dios. Todo eso fue mi legado. Sin embargo, siempre supe que algo nos faltaba. Siempre admiré, en las década de los setenta, el fervor de los hermanos pentecostales, su pasión por la evangelización, su alegría jubilosa, su fuego en la predicación. Yo sabía que no era sólo cosas de estilo. Había algo más. Nunca me acerqué a conocerles. Es más nuestra iglesia cuestionó sus postulados. Sigo creyendo que nuestras críticas a la articulación teológica que hicieron sigue teniendo validez, pero nunca nos preguntamos sobre cuál era su experiencia. No pudimos hacer una separación entre la experiencia fundante de su seguimiento de Cristo y la articulación doctrinal que construyeron. Es de reconocer que la ausencia de formación, que fue en mucho tiempo la debilidad de los hermanos pentecostales, no les permitió contar con los mejores instrumentos de análisis, el mejor marco conceptual posible y los procedimientos exegéticos más rigurosos. Por nuestra parte, nos concentramos en lo argumentativo y nunca nos enfocamos en el acontecimiento existencial que los había envuelto.
11. Respecto a lo anterior, permítanme sintetizar, en este numeral, un artículo de Juan Sepúlveda¹⁴ que recién he conocido y que considero muy iluminador y acertado: El consenso actual sugiere que la especificidad pentecostal no debe buscarse

en la doctrina sino en el ethos¹⁵ o la espiritualidad pentecostal. “Lo que une a la iglesias pentecostales no es una doctrina sino una experiencia religiosa, pero que es interpretada y fundamentada de muy diversas maneras»¹⁶. Esto se puede afirmar aun con más fuerza en el caso del pentecostalismo latinoamericano, donde, a diferencia de los casos norteamericano y europeo, la literatura no ha jugado un papel significativo en el desarrollo y difusión de las ideas, o mejor dicho, de la espiritualidad o el estilo pentecostal.

No supone una adhesión al prejuicio de que el pentecostalismo no tiene teología, sino un simple reconocimiento de que no existe una teología pentecostal (en singular), y de que el modo en que el pentecostalismo produce y comunica su(s) teología(s) es ciertamente distinto de la teología sistemática a la que están’ acostumbradas las iglesias tradicionales.

Como he insistido en otros lugares¹⁷, lo que constituye la vida o el ser cristiano es, desde el punto de vista pentecostal, una experiencia fundante de encuentro personal con Jesucristo, descrita indistintamente como conversión, nuevo nacimiento (Jn.3), nuevo comienzo, cambio de vida, etc. No basta con nacer biológicamente en una familia cristiana, y por lo tanto en el seno de la Iglesia. Tampoco con asentir formal o intelectualmente a la doctrina predicada por la iglesia. Se trata de ‘Vivir’ la fe, de tener una experiencia de Dios.

Usando una imagen bíblica, se puede decir que para los pentecostales, cada cristiano ha de vivir su experiencia de camino a Damasco. A Pablo no le basto con escuchar la predicación de los primeros cristianos. Lo que escucho causo más bien su rechazo y lo empujo a perseguir a aquella comunidad. Lo que cambio el rumbo de su vida y lo convirtió en parte de la comunidad que antes perseguía, fue su encuentro personal con Cristo resucitado en el camino a Damasco (Hch. 9:1-16; 26:12,8). Tal encuentro produce algo completamente nuevo en la persona, algo que incluye y reordena todos los otros

15 Cf. Steven J. Land. Op.cit. p.530

16 W.J. Hollenweger. Op. cit. p. 418

17 Cf. “Características teológicas de un pentecostalismo autóctono: el caso chileno”, en Benjamin Gutiérrez (editor). En la fuerza del Espíritu. Guatemala: AIPRAL/CELEP, 1995, PP.73-87; “‘Nacidos de nuevo’: Bautismo y Espíritu. Perspectiva pentecostal”, en Concilium 1996:3, pp.549-555.

factores de identidad, así como también transforma las relaciones con sí mismo y con los otros.

Este cambio ciertamente envuelve una decisión de cambiar, es decir, la decisión de aceptar el llamado de Dios que sale al encuentro. Pero el cambio no es puramente el fruto de nuestra decisión. El cambio es hecho posible por la fuerza del Espíritu Santo que obra en nosotros. De allí la importancia del tema del 'poder': se trata de recibir el poder (la fuerza, la energía, la vitalidad, etc.) necesario para vivir de acuerdo a la voluntad de Dios, lo que no necesariamente se corresponde con los valores y estilos de vida que hemos recibido mediante nuestra socialización.

La espiritualidad pentecostal es tan 'Cristocéntrica' como la tradición protestante en general. Lo que ocurre es que, para el pentecostal, el Espíritu Santo es el vehículo de la presencia viva y real del Cristo resucitado. El Espíritu Santo es el poder de Cristo resucitado actuando en la persona, transformándola en una nueva criatura. Como en el caso de cualquier tradición cristiana, lo que el pentecostal sabe de Jesucristo lo sabe por el testimonio de las Escrituras, pero ese saber se transforma en vida por la obra del Espíritu Santo.

Los 'testimonios' muestran que la mayoría de los pentecostales percibe este cambio fundamentalmente como una experiencia sanadora, es decir, como la superación de situaciones personales que han bloqueado una vida en plenitud y en amor. Es que para la gran mayoría de la gente, su historia personal y las condiciones de vida de su comunidad están muy lejos de representar el mejor de los mundos posibles. Para ellos, la vida no es un presupuesto, sino un difícil logro diario. La vida es algo a ganar, a conseguir. La vida antes del encuentro con Dios se la percibe como una vida de profunda precariedad y necesidad. Y es precisamente para los 'necesitados' para quienes una 'buena nueva' tiene sentido. Como dijo Jesús. "los sanos no tiene necesidad de médico, sino los enfermos" (Mc 2,17 y paralelos).

Las personas describen la experiencia como un cambio que ocurre en ellos mismos, pero muchas veces también en su entorno. Ciertamente no se trata de un cambio inmediato en las condiciones objetivas de su vida (su condición social, la-

boral, familiar, etc.), sino en su propia subjetividad, es decir, en el modo de verse a sí mismo y de ver su entorno y la vida en general. Se podría decir que cuando Jesucristo, mediante Espíritu, toma control de la vida de la persona, adquiere ahora un control sobre su propia vida del que antes carecía. En muchos casos, la experiencia es tan profunda, que también se traduce en la superación de dolencias o sufrimiento corporales. Es, pues, una experiencia que abarca la totalidad de la persona.¹⁸

Así como el encuentro con Cristo resucitado mediante el Espíritu, es decir, la experiencia del cambio de vida, constituye a la persona como una nueva criatura, como un cristiano, esa misma experiencia constituye una nueva comunidad, un nuevo pueblo. Lo que constituye a la Iglesia no es la adhesión a común a un Credo, sino la común participación en la experiencia del encuentro con Jesucristo resucitado bajo el poder del Espíritu. Lo que la persona confiesa afirma cuando se incorpora a la Iglesia, no es la aceptación de una doctrina, sino una experiencia de Dios.

La comprensión de la experiencia cristiana personal como un cambio radical de vida, y de la Iglesia como la comunidad de creyentes que han experimentado esa profunda renovación de sus vidas, presuponen una vivencia de lo humano que hoy en día se describiría como HOLÍSTICA¹⁹. En otras palabras, se trata de una percepción de lo humano que no opera con las clásicas distinciones entre cuerpo y espíritu entre emoción y razón, tan propias de la tradición cultural occidental.

Desde tal perspectiva, el criterio de la verdad, de lo que tiene sentido, no es aquello que sea perfectamente inteligible para

18 Pienso que la transformación de las condiciones objetivas como compañero inseparable de las reorientaciones subjetivas que provoca el Espíritu, es la agenda pendiente en América Latina. No es cuestión, entonces, de deslegitimar la experiencia pentecostal sino de ubicarla en su correcta dirección: una potenciación para la transformación integral.

19 El holismo (del griego *ὅλος* [*holos*]; *todo, entero, total*) es la idea de que todas las propiedades de un sistema dado, (por ejemplo, biológico, químico, social, económico, mental o lingüístico)¹¹ no pueden ser determinados o explicados por las partes que los componen por sí solas. El sistema como un *todo* determina cómo se comportan las partes.

¹¹ Como adjetivo, *holística* significa una concepción basada en la integración total frente a un concepto o situación.¹² El principio general del holismo fue resumido concisamente por Aristóteles en su metafísica: *El todo es mayor que la suma de sus partes*. El holismo enfatiza la importancia del todo, que es más grande que la suma de las partes (propiedad de sinergia), y da importancia a la interdependencia de éstas. La integralidad de la misión exige integrarnos a Dios.

la razón. Sino aquello que logra movilizar la totalidad del ser humano. La razón desencarnada puede producir muchos mundos, ideas, doctrinas que sean perfectamente inteligibles, y que sin embargo no logren conectarse con el ‘corazón’ del ser humano, es decir, no consigan movilizar o comprometer la totalidad de su ser. Inversamente, cuando el ser humano tiene experiencias profundas se encuentra con que el lenguaje racional se muestra muy limitado como vehículo para comunicar dicha experiencia y compartirla con otros.

Por lo tanto, aquellos aspectos ‘extraordinarios’ de la experiencia pentecostal que han concentrado tanto la atención de los observadores externos, tales como la glosolalia, la danza, el llanto, los lamentos, y el conjunto de manifestaciones corporales y/o extáticas que han caracterizado a los ‘avivamientos’ pentecostales, pueden leerse como *el descubrimiento de un lenguaje profundo, holístico, para exteriorizar una experiencia que es ‘indecible’ o incomunicable por medio del lenguaje (logos) racional* (énfasis mío)

Por otra parte, deben reconocerse como el lenguaje que diversas culturas, tan legítimas como la occidental, han usado ancestralmente para exteriorizar su experiencia de encuentro con la fuente de la vida, con el Creador. El ‘testimonio’, es decir, la narración de la experiencia vivida, y del impacto de esta experiencia en la vida cotidiana personal, familiar y social, aparece como la forma más adecuada de hacer a otros partícipes de la misma experiencia, de persuadir a otros a abrirse al Cristo resucitado que se hace accesible de un modo inmediato mediante el poder del Espíritu Santo.

12. La integralidad de la misión debe comenzar por entender la integralidad de Jesús²⁰. En su discurso inaugural en la sina-

20 Muchos piensan que la misión integral es hacer labor social. No, eso es apenas un elemento, no es su equivalente. La labor social se puede hacer sin Palabra, sin Cristo, sin Espíritu, y, al final ser simplemente un humanismo barato al servicio de sesgos políticos. No misión integral es muchísimo más. No es este el espacio para plantearla pero quien esté interesado puede acercarse a toda la reflexión teológica que durante cuarenta años la Fraternidad Teológica Latinoamericana ha producido. Solo diré: la misión integral nace en la integralidad de Dios. De Dios brotó todo cuanto existe, nada fue hecho sin él. Toda la existencia humana y su entorno es obra amorosa de Dios. Por tanto, su acción redentora persigue la liberación de toda la creación y no un pedazo de ella. El propósito de Dios en Cristo es “reunir todas las cosas”. La misión no es, meramente, reunir gentes en un edificio, sino reunir toda la creación a los pies de Cristo. Incluyendo el sometimiento de sus enemigos. Que el mundo total refleje su gloria.

goga de Nazaret dijo:” El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres. Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a pregonar el año del favor del Señor”. Ante este Palabra, debemos reconocer la estrecha relación entre el Espíritu y la Misión Integral. Es decir, espiritualidad y nueva creación. A unos, les gusta más la parte que habla del Espíritu del Señor y de la unción. Terminan empobreciendo la riqueza del Espíritu al servicio de proyectos eclesiales que nada tienen que ver con la nueva creación de Dios, aunque sean proyectos relucientes financieramente. A otros les gusta más la parte de anunciar la buena nueva a los pobres y los cautivos, los ciegos y lo demás. Terminan convirtiendo a la iglesia en una Organización No Gubernamental o en apéndice de un partido político.

Pero una iglesia que quiera ser extensión del testimonio itinerante de Jesús, de los apóstoles y de las comunidades de los Hechos de los Apóstoles debe vivir bajo el influjo del Espíritu sirviendo a la misión mesiánica: “predicar el Evangelio a los pobres” (Lucas 4, 18) y a la misión apostólica: “predicar el evangelio a los gentiles y sólo nos pidieron que nos acordáramos de los pobres” (Gálatas 2, 7; 10) Esto, por supuesto, no tiene nada que ver con comunismos, ni socialismos que son tan deshumanizadores como el capitalismo salvaje. Solo tiene que ver con la gracia de Dios que quiere redimir esta humanidad caída y marcarla con su gloria en términos de vida, paz, amor, justicia, alegría y paz. Esto es lo que ocurre en Betania. Hombres y mujeres que enseñados en la Palabra son revestidos del poder por El Espíritu para hacer lo que hizo Jesús. Es el único Evangelio que conocemos y predicamos.

13. El contexto en que el Señor de la viña nos ha puesto a hacer la misión es complejo, duro y arriesgado. La violencia en El Salvador es terrible. Tradicionalmente, somos un país donde la sangre se derrama con facilidad. Heredero de revueltas sociales, una guerra que nos dejó más de 80,000 muertos, una cuarta parte de la población en el exterior, familias destrozadas y una generación de jóvenes sin horizontes. Somos una fábrica de muerte (¿Cómo es posible encerrarnos en nuestros templos, nuestras tradiciones, nuestras identidades cuándo Dios ha puesto en nosotros un río en el cual todo lo que se

mueva vivirá?). Hace algunos años, cuando mencionábamos Las Maras, nos referíamos a pandillas juveniles que operaban en algunos barrios de la capital y otras ciudades de importancia poblacional. En esos días no se les veía como estructuras de delincuencia organizada, aunque se señalaba el riesgo de que pronto se estuvieran conectando con el crimen organizado. En esos días surgieron las primeras voces de alarma. Se desarrollaron importantes estudios donde se demostraba, que si este problema no se atendía a tiempo, se volvería más complejo y difícil de enfrentar.

Según el Periódico digital “El Faro. Net”, el fenómeno de las Maras está bastante estudiado en El Salvador. Incluso, se señala, que es casi el único tema que se ha abordado con seriedad en cuanto a la amplia temática de problemas que enfrenta la juventud salvadoreña. Pero lamentablemente nunca se tomaron las medidas necesarias para enfrentarlo y buscarle rutas de solución. Muchas propuestas se hicieron, pero ninguna se implementó. Muchos pequeños, pero valiosos esfuerzos de desarrollaron, sin apoyo de las autoridades gubernamentales. Solo pequeñas ayudas internacionales, muchas veces a través de las iglesias, acompañaron estos esfuerzos.

Como siempre nos pasa, ahora el problema se vuelto incontrolable. Las Maras pasaron de ser, organizaciones de pandillas juveniles, que cometían actos delincuenciales menores, para convertirse en la columna vertebral del fenómeno delincriminal del país. A esta “evolución” no solo ha contribuido la ausencia de políticas gubernamentales de prevención e incorporación de la juventud a la sociedad; también ha jugado un rol de primera magnitud, el modelo socio económico implementado en El Salvador, desde principios de los años noventa. El actual modelo económico, excluyente, concentrador de riqueza en un pequeño grupo de familias, que nos desnacionaliza en aras de convertir Centroamérica en una plataforma de servicios, comercio, exportaciones maquileras y servicios financieros; no da cabida a las aspiraciones de millones de salvadoreños, incluyendo nuestra juventud. La consecuencia, es que las Maras han dejado de ser las clásicas pandillas juveniles, para convertirse en otra cosa, cuantitativa y cualitativamente diferente.

Ahora las Maras son verdaderas organizaciones que controlan áreas importantes del territorio nacional, especialmente en las grandes ciudades. Las Maras tienen una estructura organizativa compleja y eficiente para el desarrollo de sus actividades. Las Maras tienen mandos claramente establecidos con unidad de propósito y claridad de objetivos. El control del territorio que ejercen las Maras es eficiente, prácticamente toda la población que habita en sus “Zonas de control” siente de manera permanente su presencia y está bajo su mando e influencia. Además cobran impuestos, irónicamente, con más eficiencia que el mismo gobierno. Los medios de comunicación han publicitado mucho el impuesto que las Maras cobran a los empresarios de buses, pero en la realidad, todos los negocios, pequeños, medianos y algunos grandes, que están ubicados en sus “zonas de control” les pagan impuestos con regularidad. Hay lugares donde las Maras decretan el “Estado de Sitio”. Obligan a los habitantes a estar en sus casas durante las noches y nadie puede salir a las calles después de ciertas horas. Tenemos el índice más alto del mundo en feminicidios.

Pero además las Maras han creado su propia “cultura”, que se expresa en su lenguaje propio de palabras y señas. Generan valores (que podríamos tipificar de anti-valores) y los inculcan dentro de sus miembros. Con esto crean códigos propios de conducta. Además tienen armas e infraestructura. Nadie sabe con precisión cuantas armas y de qué tipo están en posesión de ellos, pero son suficientes para mantener el control del territorio y desarrollar múltiples acciones delictivas. Se han vinculado al narcotráfico, especialmente en la distribución de la droga para el consumo en sus territorios. Con esto se convierten en el principal vehículo orgánico de lo que denomina el “narco menudeo”. Han creado una red de comunicación internacional con otras pandillas y grupos similares de la región y de los EUA. A partir de allí obtienen recursos, asesoramiento e información.

Puede parecer exagerado, pero si le ponemos pensamiento, veremos la situación real: **LAS MARAS SE HAN CONVERTIDO EN UN PEQUEÑO ESTADO, DENTRO DE OTRO ESTADO.** Controlan territorios en los cuales gobiernan y cobran impuestos. Decretan sus propias leyes y códigos de con-

ducta. Son portadores de una cultura propia. Tienen organización, recursos, mandos y claridad de propósitos. Se han convertido en el embrión de un Estado. Paradójicamente, El Estado salvadoreño se ha venido debilitando, como resultado de las medidas que conlleva el actual modelo económico. Ahora el Estado salvadoreño tiene menos facultades, menos recursos y menos incidencia. Es un Estado más débil. Esto lo hicieron para favorecer los negocios de una oligarquía local, que se regionalizaba y necesitaba reducir el Estado para que no le estorbara. Pero al mismo tiempo fue elemento catalizador del desarrollo de las Maras.

La consecuencia está a la vista, el Estado salvadoreño ha fracasado en enfrentar el problema delincriminal. Ahora los salvadoreños no tenemos quien nos defienda. El gobierno simplemente no sabe ya qué hacer, a tal grado que ni siquiera en publicidad está gastando. Ha fracasado la política de garrote, de creer que podían enfrentar únicamente con medidas represivas un complejo problema socio económico. Cuando se habla con altos funcionarios de la seguridad pública, reconocen en privado, que no saben qué hacer, que están totalmente rebasados por la acción delincriminal, al grado que no se castiga ni el uno por ciento de los delitos que se cometen. Lo único que se les ocurre, a estos altos funcionarios, es declarar al país en estado emergencia nacional, que debemos de declarar el Estado de Sitio, la Ley Marcial y la Suspensión de las Garantías constitucionales. No aprenden la lección: Mucha de esta violencia social nace de una violencia económica.

Estoy convencido que la iglesia es el principio de una nueva sociedad que nace de Dios para dar vida. Esto implica que ella debe ser primicia de nueva creación, semilla de nuevo humanidad, levadura que penetre la masa. Urge una iglesia que deje de cuidar sus templos, que renuncie a ser un negocio, que quiebre con su comodidad, que se arriesgue a la calle, que se vuelva itinerante como Jesús, transmitiendo el amor del Padres. Una iglesia así unido a una verdadera política de Estado, que involucre a todos los sectores y que vea el problema en su integralidad, puede ser útil en estas circunstancias. Solo unidos podemos crear nuevas condiciones humanas que traigan paz, justicia, alegría, y vida plena a nuestra sociedad que ya está cansada y necesitada de los

tiempos de refrigerio y descanso que ofrece Jesucristo cuando venimos a Él.

14. En este contexto, no estamos para plagiar a los “gurús” de los llamados avivamientos latinoamericanos, ni sus proyectos de grandeza. Nuestro sueño no es el templo de Cash Luna en Guatemala, ni las aspiraciones políticas de los Castellanos en Colombia, ni las ingenierías financieras de los brasileños (Disculpen la generalización, pero no puede terminar en tales cosas una visitación de Dios en nuestras tierras). En medio de todo eso, algo de Dios hubo o hay, y habrá que aprender a verlas y recibirlas. Pero son proyectos que en un momento se dejaron deslumbrar por el mundo decadente que está pasando y olvidaron el mundo nuevo que está llegando para el cual tales cosas no tienen valor. *Templo, poder político y dinero son las viejas tentaciones que amenazaron a Jesús pero jamás lo cautivaron. Es una lástima que movimientos que inician muy genuinos terminen esclavos de tales tentaciones diabólicas.* Se requiere cercanía ininterrumpida al Espíritu y a la Palabra para no extraviarse.

A muchos amigos que viajan para conocer los nuevos megaproyectos de construcción de otras iglesias yo siempre les aconsejo que esas cosas no sean las que deben marcar su corazón. Esos no son los retos que debemos ponernos cuando nuestros ministerios se inspiran en Jesús de Nazaret. Cuando vemos el mover del Espíritu en las comunidades primitivas, descubrimos redes de comunidades, que con su vida empoderada de Dios, testifican en palabra y en poder, los nuevos tiempos de Dios para la humanidad. No buscaron competir con la arquitectura del templo de Diana de los Efesios, tampoco pensaron que la majestuosidad del Cristo Rey tenía relación con el palacio de César, ni consideraron que nuestra condición de hijos, como obra del Espíritu, guardaba una relación con acceder a la corte del Emperador o sentarse entre los grandes de la tierra. No, la grandeza, la majestad y nuestra nueva condición humana tenía lugar en la mesa en la que todos somos iguales, en la que todos caben, sin intermediarios semidivinos; en la fiesta donde celebramos el nuevo mundo que ya empezó; en el servicio sacrificial para la vida de los demás; en el testimonio gozoso de la Buena Nueva aún a costa de nuestra vida.

He querido mostrarles modelos de iglesias que se desarrollan con fuerza espiritual y mantienen una misión integral. Me ha costado porque, lastimosamente, hay quienes entran a las “cosas del Espíritu” y se desligan de la misión integral y sólo piensan en sus proyectos megaclesiales. Llamando a la diacónía comunismo; a la inversión en asuntos sociales, desperdicio y al trabajo con otras instancia, ecumenismo. Por otro lado, hay quienes entran a la misión integral y se descuidan o desprecian “las cosas del Espíritu”, el crecimiento y la proclamación del Evangelio. Llamando a la predicación, proselitismo; al mover del Espíritu, emocionalismo y al liderazgo comprometido, manipulación.

15. Hay ejes en tensión por donde debe caminar la iglesia en su vida y misión. Éstos no deben perder el equilibrio:

- a) Espíritu Santo–Escrituras: El Espíritu Santo hace resonar en la iglesia, continua, potente y eficazmente la Palabra de Dios. Sólo gracias al Espíritu Santo ella puede rectamente interpretar la Palabra inspirada, que es fuente y canon de vida y fe. Ni palabra sin Espíritu, pues la Palabra quedaría en la garganta y no hablaría a nadie. Ni Espíritu sin Palabra, pues el Espíritu no tendría contenido y no comunicaría nada a nadie. La tradición (Marcos 7) y la ignorancia (Marcos 12) de las Escrituras invalidan la Palabra de Dios y nos hacen errar. Si bien se ha de experimentar, vivir y sentir la presencia del Espíritu, las Escrituras nos preservan de caer en desviaciones como el sensacionalismo, el exhibicionismo y un espiritualismo vacío sin incidencia histórica.
- b) Espíritu Santo – Jesucristo. Un Jesús sin Espíritu Santo produce:
 - *Mesianismo político*: identificación del reinado de Jesús con el triunfo temporal de la Iglesia o con una corriente partidaria en el quehacer político.
 - *Teología ontológica*: Entiende el Evangelio en términos de simple sistematización lógica, como un orden de proposiciones y no como encuentro personal con Dios en el Espíritu. Es la escolástica evangélica que empanzana a mucho.

- *Jerarquización eclesial*: Se convierte en constructora de papas, obispo, pastores, apóstoles, mega apóstoles como mediadores privilegiados del Espíritu, negando los valores y la obra del Espíritu que potencia la totalidad del cuerpo de Cristo.

Un Espíritu sin Jesucristo produce:

- *Misticismo Extramundano*: Si el Espíritu sólo se viera como espiritualidad autónoma, desligada de la vida y obra redentora de Jesús, dirigiendo a los creyentes hacia experiencias insondables de celebración y misterio, puede terminar en un vacío.
 - *Confusiones teológicas*: Con frecuencia pueden llevarnos a afirmaciones totalmente heréticas –más que heréticas, blasfemas- desligadas de la Palabra de Jesús.
 - *Disolución histórica*: Desligamiento de la gran tarea mesiánica de recrear la historia, siguiendo a Jesús, que con la fuerza del Espíritu, fue expulsando los demonios y construyendo así el reino de Dios (Mateo 12: 28)
- c) Espíritu Santo-Iglesia. Aunque se requiere de organización para poder expresar la iglesia, ésta no es esencialmente una organización sino un organismo, es el cuerpo de Cristo bautizado por el Espíritu Santo (1ª. Corintios 12: 13). Por lo cual la organización –cualquiera que sea- no será nunca más importante que la vida que fluye en la comunidad por medio del Espíritu. Esto significa que aún los mejores métodos de organización y de trabajo no garantizan de manera alguna la edificación de la iglesia. Esto es obra sólo del Espíritu. Los métodos, pues, no deben idolatrarse ni ser sustitutos de la obra soberana del Espíritu. Estos pueden y deben cambiar pronto, pero no la obra del Espíritu. En la iglesia la obra del Espíritu es fundamentalmente comunitaria y no jerárquica. De ahí que la preocupación pastoral consiste en el discernimiento, potenciación y práctica de la obra del Espíritu en cada discípulo. Una vivencia de la unidad y la misión.

16. Pero tampoco estamos para guardar tradiciones rancias de nuestras congregaciones que frenan el poder de la Palabra. Que desprecian la fuerza liberadora del Espíritu sólo porque no camina con sus esquemas. El Espíritu sopla y derriba las fortalezas religiosas que con el paso del tiempo hemos construido. Nuestras iglesias no pueden contentarse con haber sido las primeras en llegar al continente, ni acomodarse a su llamada “sana doctrina”, que muchas veces no tiene nada ni de sana ni de doctrina, sino que son puras “tradiciones de ancianos” y demás reglamentaciones humanas, que nos hacen olvidar al hombre tirado junto al camino.

Las denominaciones se ha olvidado de la misión y se han concentrado en su identidad particular como si Dios nos ha llamado a ser buenos bautistas, buenos nazarenos, buenos pentecostales. No, la única identidad posible para nosotros es ser semejantes a Cristo. Parecernos a Él en palabra y en obra. Quizá, al final la obra del Espíritu sea tomar un poco de todos para formarnos en uno solo. Descubrir que nuestra identidad es aprender a hacer mío lo que Dios ha puesto en otras congregaciones como parte de su riqueza inagotable. Sólo quiero ser parte de la construcción de una iglesia que se parezca a Jesús, en su Palabra, en su obra, en su espiritualidad, en su compasión, en sencillez, en su amor. No más. Cualquier otra cosa será sólo una acusación sin fundamento. Es más, algo fuera o contra esto, sería estar al filo de haber caído en “otro evangelio”.²¹

17. Cuando vinieron los misioneros se necesitaban referentes identificables en la sociedad como aportes o señales de impacto de quienes eran los evangélicos²². Tal impacto se concentró en lo educativo-salud, pues eran las herramientas que exhibirían a los evangélicos como la opción para llevar a América Latina hacia la tan anhelada modernidad y el progreso. Por ello, invirtieron en colegios, hospitales, industria, negocios. Ahora bien, debemos recordar que este tipo de evangelización fue sentenciado por Carlos Mariátegui cuando escribió en 1930: “El Protestantismo no consigue penetrar

21 Lo evangélico de nuestras iglesias no se define por el rótulo que ostentan, sino por la coherencia entre su decir y hacer con el hacer y decir de Jesús en los Evangelios. Podemos ser iglesias “evangélicas” bien lejos del Evangelio.

22 Sigo en algunos párrafos de este numeral a José Míguez Bonino en *Rostros del protestantismo latinoamericano*. El rostro pentecostal. Nueva Creación.

en América Latina por obra de su poder espiritual sino por el de sus servicios sociales. Este y otros signos indican que sus posibilidades de expansión normal se encuentran agotadas”. El más notable de los misioneros venidos a América Latina, Juan A. Mackay, sostenía: “Ningún movimiento cristiano puede tener éxito si no conmueve a las masas... Estoy convencido de que mucho esfuerzo misionero y la obra cristiana en general han errado en tratar de alcanzar exclusivamente a los pensantes de la sociedad”.

Ahora bien, es de reconocer las palabras que de nuevo pronuncia Mackay en 1940: “Los pentecostales tenían algo que ofrecer, algo que hizo vibrar a gente aletargada por la monotonía y desesperanza de su existencia. Millones respondieron al evangelio. Su vida fue transformada, se les amplió el horizonte; la vida cobró un significado dinámico. La realidad de Dios, Jesucristo y el Espíritu Santo, cobraron nuevo significado, llegaron a ser medios por los cuales se comunicaba luz, fortaleza y esperanza al espíritu humano. La gente se transformó en persona, con un propósito para vivir”.

Si los evangélicos podemos decir ahora que somos un importante segmento de la sociedad latinoamericana no es en virtud de las denominaciones históricas sino por la fuerza del pentecostalismo. Ante semejante presencia y desarrollo, algunos se atrincheraban en su identidad denominacional y los rechazaban, otros se entusiasmaban y emulaban. Las grandes denominaciones históricas expulsaban a personas y congregaciones que eran alcanzadas por el fuego pentecostal, asegurando de esa manera la ley y el orden pero perdieron el corazón de la gente.

¿Qué mensaje hay? ¿Qué esperanza se propone? ¿Vamos a caer en la miopía de los movimientos que simplemente proponen “la resistencia”? ¿Vamos a embarcarnos en la propuesta de los movimientos organizados de izquierda y convertir a Venezuela en el nuevo modelo? ¿Vamos a renunciar a la posibilidad de construir utopías? ¿De dónde se inyectará vida y fuerza a la gente? ¿Cómo se puede convertir el avivamiento en generador de sueños, esperanzas y alternativas? Ni las élites pensantes de izquierda ni de derecha ni de centro, ni las iglesias y ong’s harán mucho por la gente mientras no pene-

tren sus sueños, frustraciones, dolores y mientras no asuman desde allí la reconstrucción de sus espíritus. La interioridad y la exterioridad deben caminar juntos, pero tenemos claro el camino: todo comienza en el corazón, en la transformación de la naturaleza humana, en los fundamentos, en las profundidades del ser. Si no empezamos por ahí, todo lo que se construya terminará arruinado por la maldad del hombre. A la vez, se debe trabajar en la transformación de las condiciones que deshumanizan a sociedades enteras.

18. De la Escritura aprendí que la única posibilidad que tengo de acceder a las profundidades de Dios, quien es manantial de vida y esperanza perpetua, no es por el camino de nuestras estructuras arquitectónicas, ni de sacramentos, ni de ortodoxias rancias y huecas, ni de liturgias, sino sólo por El Espíritu. No confundamos “renovación espiritual” o “avivamiento” con técnicas o estrategias de iglecrecimiento o con modos de alabar a Dios. El camino no es la imitación sino la recreación de todas nuestras expresiones eclesiales como fruto de beber no de manuales, ni de visiones prestadas o plagiadas, sino de la misma naturaleza divina, de las profundidades inagotables de Dios (1 Corintios 2).

La renovación de la iglesia no pasa por juntarse con iglesias renovadas, sino por beber del Espíritu como el río de Dios que mana sin cesar y hace nuevas todas las cosas. Mi llamado es a buscar incesantemente el rostro de Dios y caminar en su Espíritu: Este es el camino de nuestra renovación. Es lastimoso cuando caemos en el mimetismo y repetición mecánica de lo que se hace en otras latitudes como si la clonación lleva a la renovación. Quieren ser mini Cash Luna o mini Benny Hin reproduciendo su vestimenta, sus tics, su forma de hablar, su vocabulario, sus sermones, la ornamentación del altar, sus payasadas y hasta sus pecados.

19. Es una lástima, en verdad, ver expresiones eclesiales que hacen de la renovación de la iglesia una cuestión de mercadeo, cuando es un asunto de fidelidad a Jesucristo. Es que cuando la renovación se busca como vehículo de posicionamiento en el concierto eclesial o como medición de fuerzas religiosas, no puede esperarse más que desórdenes y descarríos. La renovación que anhelamos y buscamos pasa por la construc-

ción de la coherencia entre el Evangelio y la vida de cada líder y cristiano. No se puede consentir el libertinaje en nombre de la libertad. El ministerio es servicio y entrega. Pero hoy día lo que muchos hacen con la iglesia no es despojarla sino despojarla. Eso no es renovación.

20. El desafío del avivamiento del siglo XXI no es el aglomeramiento de personas en un determinado lugar. De eso abundan ejemplos en la historia eclesiástica, por tanto no es nada nuevo. No digo que es malo o indeseable, solo digo que no es nuevo. Por lo cual no debería de pensarse que esa es la realización de una iglesia que celebra una renovación espiritual. Es más, la masificación de la iglesia siempre ha terminado en un “abaratamiento de la Gracia” de Dios (Bonhoeffer). Ha repercutido en un empobrecimiento de la excelencia del Evangelio. Un avivamiento, pues, que se contente con el mero crecimiento numérico sin que trascienda al desarrollo de calidad testimonial, no aporta nada nuevo y es simplemente una repetición más del ciclo de decadencia religiosa.
21. Tampoco el desafío o la grandeza de un avivamiento es la construcción de catedrales o estructuras arquitectónicas esplendorosas. De eso también da cuenta la historia eclesiástica y, señala que en lugar de ser un signo de vitalidad ha sido más bien una señal de decadencia que raya en convertir nuestros edificios en “ídolos” que se “comen” todo lo que el pueblo presenta. Es más, la historia de la iglesia revela que la empresa de levantar majestuosas edificaciones va ligada a la proyección de poder, a los sentimientos megalómanos de la iglesia o sus líderes que a una búsqueda sincera de la gloria de Dios y eficacia del testimonio evangélico. Amén de que tales monumentos convierten al templo en una nueva cobradora de impuestos, pues hay que mantener tal imperio.
22. Tampoco el reto de un mover del Espíritu es crear sistemas doctrinales. De eso también testimonia la historia de la iglesia cristiana. Y más bien nos revela que los momentos de mayor “sana doctrina” han sido los momentos de mayor antitestimonio de la compasión evangélica y de la fraternidad cristiana. Siempre que se ha querido verter la riqueza y fuerza del Evangelio en moldes dogmáticos, se ha perdido la vida y el amor, que al final son los signos de la presencia de Dios. El

mover del Espíritu no debe producir un escolasticismo racionalista, sino una reflexión teológica que lleve a la iglesia a un compromiso con el reino de Dios, a vivir la unidad como Cuerpo de Cristo, a proclamar incansablemente, en palabra y en obra, la Buena Noticia de vida, paz, amor y justicia en Cristo Jesús.

Para un verdadero evangélico –valga también para un bautista- el **Evangelio** es anterior al dogma; el **seguimiento de Jesús** de Nazaret, anterior a la obediencia a cualquier autoridad humana –sea clerical, jurídica, administrativa o ministerial-; el **Sermón de la Montaña** más que los estatutos o la identidad denominacional; la construcción del **Reino de Dios**, más importante que la edificación de la Iglesia –cuánto más que las transnacionales religiosas- y, el **Poder del Espíritu Santo** por encima del dios mamón o de cualquier alianza política con los poderes terrenales.

23. El Espíritu Santo ha de ser el primer y mayor presupuesto hermenéutico y, principal luz metodológica de la exégesis. Ya que el papel del Espíritu está muy por encima del papel de un libro –aún de los textos bíblicos-. Es más, es en virtud del Espíritu que este libro se convierte en Palabra de Dios. No sólo de manera objetiva decretando como Palabra de Dios unos textos nacidos en condiciones plurales y relativas de la experiencia, sino también en su expresión subjetiva cuando actualiza tal Escritura como Palabra de Dios en la predicación, la enseñanza y la evangelización.

La única posibilidad que tenemos de actualizar el mensaje de la Escritura es vía el Espíritu. Esto significa que la pregunta no es ¿Qué dice la Escritura para el tiempo presente? Sino más bien ¿Qué quiere decir el Espíritu a la iglesia hoy a la luz de las Escrituras? Solo así entendemos que no estamos ante la voz arcaica de difuntos escritores y redactores sino ante la fresca corriente de la voz divina que continúa convocando, empoderando y misionando a su pueblo hacia el cumplimiento del propósito de Dios.

Sin el Espíritu nuestra metodología exegética se vuelve “metal que resuena y címbalo que retiñe”. Esto implica una determinada espiritualidad –relación con el Espíritu-²³ por parte

23 Puntualizo el sentido de espiritualidad debido a que en la comprensión de muchos ha

del intérprete del texto. Sin esta relación cualquier erudito no cristiano accede al texto pero sin la vitalidad que provoca la presencia y la conducción del Espíritu en la interpretación para la edificación de la comunidad y su misión en el mundo.

La exposición misma de la Escritura urge de ser animada con el vigor que brota de la vida de la Palabra. La predicación no es, esencialmente, una pieza de oratoria o de la homilética de los tres puntos sino un fuego que queme, una agua que refresque al cansado, una luz que guíe al perdido, una martillo que quiebre el corazón duro, y levante al caído.

24. El reto que plantea el mover del Espíritu en la vida de la iglesia es demostrar el poder de Dios como fuerza de salvación, es decir, como experiencia liberadora y transformadora de la vida y de las circunstancias de quienes terminen siendo alcanzados por la Buena Noticia. No es sólo cambios en la estructura interna o infraestructurales de la iglesia, sino más bien de la vida humana.

La obra del Espíritu narrada en la Escritura es de provocar nuevas condiciones de vida humana que reflejen la gloria de Dios. Allí donde al principio de todas las cosas solo había desorden, vaciedad y oscuridad, el movimiento del Espíritu trajo un tiempo nuevo de vida y paz. Eso es lo que Jesús de Nazaret llevó a plenitud: El reino de Dios como experiencia de vida de Dios entre los seres humanos.

25. El avivamiento que demuestra su sello como una experiencia auténtica del Espíritu de Jesús de Nazaret es aquel que se oriente hacia una *Eclesiogénesis* (Boff). Es decir, la construcción de un nuevo modo de ser iglesia. Una manera nueva no por ser original sino por ser fiel a Jesús. Y en la medida que sea una continuidad de su Señor podrá expresar novedad.

Es lamentable que muchas renovaciones hoy día caigan, más bien, en una *eclésiología*. Buscan patentar sus nombres como marcas de mercado y se olvida el llamado de ir pos de Él y se camina hacia la popularidad. Anhelamos una renovación eclesial que vuelva a decir como el bautista: “es necesario que él crezca y yo mengue”. La primavera espiritual anhelada es la

llegado a significar algo tan genérico que muchas veces ya ni siquiera tiene relación alguna con un trato directo con el Espíritu de Dios.

muerte del “yo” para que sólo viva Cristo. El “yo” individual o colectivo debe ceder el paso a Jesús y su Evangelio que están abriendo, por el Espíritu, nuevos caminos del reino en la historia humana.

26. Muchas veces le ocurre a la iglesia lo que le ocurrió a Israel. Dios la adorna con su visitación, la colma de dones y la llena de su presencia. Pero toda esa belleza divina en nosotros la terminamos ofreciendo a otros dioses. Los profetas con frecuencia se lamentaban de la respuesta de Israel al trato amoroso de Dios para con ellos. Isaías 5, tomando la metáfora de la vid, es uno de los ejemplos elocuente: la cavó, la limpió, la plantó con las mejores cepas, edificó una torre, preparó un lagar... en fin ¿Qué más se podría hacer por esa viña que Dios no hay hecho? Sin embargo, terminó dando uvas agrias de injusticia y muerte. A veces pienso que muchos avivamientos nacieron como expresiones auténticas del amor de Dios por la vida humana, pero en el camino se fueron tras Baales. Y muchas veces al cuestionar la forma en que terminaron, nos llevamos de encuentro la genuinidad con que empezaron.

Cualquier biblista serio o teólogo riguroso, no podrá negar que tanto Jesús como las primeras comunidades cristianas tenían como matriz de su acción, compromiso y ministerio una experiencia del Espíritu acompañada de ciertos fenómenos carismáticos, extáticos o místicos. Sin embargo, su experiencia de Dios no se orientó a construir una religión sino un nuevo modo de experimentar a Dios y de relacionarse con el prójimo.

27. Si un avivamiento termina en un narcisismo eclesiástico, simplemente es una traición a Jesús de Nazaret. Sus días pues están contados. Para evitar que el avivamiento termine en apostasía se requiere de dos pilares que sostengan y guíen a la iglesia: El Espíritu y la Palabra (El Evangelio).

El Espíritu es la fuerza salvadora de Dios. Es la persona de la comunidad divina que vivifica y conduce a la iglesia por los caminos revelados en Jesús de Nazaret. El Espíritu rompe esquemas, derriba estructuras, despedaza cadenas, restaura imposibilitados y libera de toda cautividad a fin de llevarnos a nuevas condiciones de vida. Convirtiendo en primicias cósmicas la restauración personal, familiar o eclesial.

La Palabra es la fuerza reveladora de Dios. Dios ha traducido su pensamiento y sentimiento en la persona de Jesús de Nazaret. En esa vida, nacida en tiempos del emperador Augusto, en la ciudad de Belén, hijo de María y José, Dios estaba diciéndole, de forma definitiva, a la humanidad, qué es lo que Él quiere de este mundo: “Humillarte ante tu Dios, hacer justicia y amar misericordia”. Todo avivamiento coherente con la Palabra, deberá, inexorablemente, apuntar a esto. Lo contrario sería de nuevo caer de la gracia y caminar hacia “otro evangelio”.

28. La renovación espiritual que buscamos en nuestra iglesia es tiempo de sensibilización espiritual, de enternecer el corazón a la voz de Dios. Es un tiempo para ser interpelados por la Palabra del Altísimo quien, al igual que con los profetas, reyes, jueces, hombres y mujeres de las Escrituras, vuelve a hablar con misericordia, con propósito y con claridad. Su voz vuelve a resonar. Queda en nosotros ser tierra fértil para producir cosecha de esperanza, gozo, vida y justicia.

Es un momento para abrir las ventanas de nuestro ser, hermetizadas por nuestras heridas, afanes, sentimientos de odio, frustración, fracaso, impotencia, pecado, rebeldía, soledad, abandono y, más. Realidades infrahumanas que esclavizan nuestra vida a prácticas y vicios notorios o clandestinos que matan, roban y destruyen toda la creación.

29. Al abrir nuestras ventanas internas, el Espíritu de Dios, como aliento de vida, sopla y provoca vida en estos huesos secos. Y después de ser un pueblo de muchísimos huesos y extremadamente secos, llegamos a ser un ejército de vida, transmisor de la gracia y del amor de Dios. El desierto se vuelve fértil, las rocas quemadas se levantan como poderosas murallas y una nación enferma es sanada.
30. Renovación espiritual es un espacio para que quien tenga oídos, que oiga la voz de su Señor. El que quiera venga, beba sin dinero, sáciese de Dios y vuelva como instrumento de su gloria. A cada quien Dios le hablará en su propia historia, situación actual y conforme a lo que él ha preparado para cada uno.

Lo único que hace posible ser alternabilidad para una sociedad que llora y gime a causa de la destrucción entre hermanos, es volvernos a sentar a los pies del Maestro de Galilea, escuchar su voz y retomar su Evangelio como agenda de existencia humana. Hemos de caminar animados por el mismo Espíritu que lo guió a Él. Eso es posible porque partimos de su promesa y no de nuestros anhelos frágiles.

Renovación espiritual es devolver la esperanza quebrada, recordar los sueños olvidados, resucitar la alegría enterrada, es que el Espíritu sople de nuevo sobre este valle de huesos secos y levante otra vez un poderoso ejército al servicio de su reino.

31. La gloria de Dios no es una experiencia lumínica, meramente, es más bien una realidad de vida humana. Cuando una realidad de muerte desaparece y la vida se abre paso, cuando el odio se esfuma y amanece el amor, cuando el dolor se extingue y florece la alegría, cuando el miedo huye y se hace presente la fe y la esperanza, en fin cuando el hombre deja de reinar y comienza a reinar Dios: He ahí la gloria de Dios.
32. La vida cristiana no es la incorporación a una denominación o iglesia particular, sino entrar a participar en los intereses que Dios tiene en el mundo. Comenzando con apropiarnos de lo que él tiene para nosotros, y luego, al descubrir las riquezas de su gracia, convertirnos en misioneros de su amor redentor. Es la doble relación: discípulo y apóstol, aprendiz y misionero, seguidor y obrero.

Este es el binomio que nunca debe desaparecer en la dinámica siempre creciente de nuestra vida espiritual. La Escritura no es más que el relato multiliterario del carácter amoroso de Dios y de su pasión redentora de su creación, a partir de ella, cualquier persona que se confiese seguidora de Jesús debe beber de la Escritura el carácter y la pasión de Dios. Su carácter, amor; su pasión, la redención de su creación.

33. Renovación espiritual es comprender el Evangelio en la perspectiva bíblica delineada por Santiago: «atender a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones, y conservarse limpio de la corrupción del mundo». Esta posibilidad de asumirla el Evangelio en estos términos nos lleva a las dos dimensiones que no debemos olvidar: la horizontal: huérfanos y viu-

das (mi prójimo) y la vertical: mantenerse limpio de la corrupción (Dios).

En el evangelio no hay más leyes, más precepto, más obligaciones, mas imposiciones que “lavarse los pies unos a otros, ayudarse como hermanos” Estas palabras no son un precepto, son el testamento que nos dejó Jesús, su voluntad más apremiante. Y el amar al otro tampoco es una norma, amar es estar atento a las necesidades de los que nos rodean y echarle una mano según nuestras posibilidades. El que movido del Espíritu ama así no necesita de normas. El seguidor de Jesús camina en libertad, sin sometimiento a nada, ni a nadie. Somos seguidores de una persona, Jesús de Nazaret. Lo que él dijo, lo que él vivió, lo que él quiere, está en el Evangelio. Una persona que murió y sigue viva, que se hace presente entre nosotros cuando nos reunimos en su nombre, que nos hace sentir la alegría de saber que Dios está con nosotros, y que sigue actuando en el interior de cada uno de nosotros a través de su Espíritu, empujándonos con su Espíritu desde dentro.

34. El temor es que hablar de Dios en términos «avivados» nos haga olvidar la dimensión horizontal de la fe: el ser humano, particularmente el desprotegido, el amenazado, el vulnerable, el marginado, el empobrecido. No se puede hablar de Dios en términos abstractos y descomprometidos de la realidad humana. Esto producirá una religiosidad sin respeto por el interés salvífico de Dios respecto a la totalidad de la creación. Ignorará el reino de Dios como horizonte de la misión de la iglesia y vivirá de espaldas a la misión integral. Muchas congregaciones en nombre del avivamiento prestaron servicio de cobertura espiritual a gobiernos de muerte o a partidos políticos que manipularon el nombre de Dios a su antojo. El avivamiento no significa magia. Como si por invocación de un sortilegio los cambios llegarán. Es gracia y esfuerzo. Es revelación y estudio.
35. Nada requiere más formación, investigación, trabajo, discernimiento, estudio y disciplina que “las cosas del Espíritu”. Amén de la búsqueda incesante de su presencia, se requiere mucho escudriñamiento y análisis. Después de vivir esa experiencia pasé a una etapa de querer entender, interpretar y articular el significado y transcendencia de tal evento. No

hubo quizá –ni en los tiempos de estudiante- un periodo de mi vida en el que haya leído tanto en tan poco tiempo sobre el Espíritu Santo. Pues quería entender –como me lo exigía mi formación académica y teológica- el hecho, descubrir su sentido y asumir sus implicaciones.

Es así que me lance a la búsqueda de bibliografía que desde una perspectiva y robustez exegética, teológica, pastoral, psicológica e histórica, pudiera darme un instrumental que permitiera acercarme “con temor y temblor” y con “las sandalias quitadas” ante el misterio fascinante, transformador y comprometedor de la experiencia divina. Comparto con ustedes parte de la bibliografía que me ha ayudado en este cónclave de mi corazón:

Jesús y el Espíritu. J.G.Dunn.; El Bautismo del Espíritu Santo. J.G.Dunn; La Vocación del Líder en el Antiguo Israel. G. del Olmo Lete; los Carismas en la Iglesia. X.Pikaza-N.Silanes; Raíces Teológicas del Pentecostalismo. Donald W. Dayton; Iglesia, Carisma y Poder. Leonardo Boff; El Primer Pablo. M.J. Borg-J.D. Crossan; El Espíritu Liberador. Eldin Villafañe; Trinidad, programa social del Cristianismo. R.Forte-N. Silanes; Padre, ¿Quién eres? Jean Galot; Poder y Misión. IINDEF; Los Carismas en la Iglesia. Domenicco Grasso; Las lenguas (5 tomos). Alberto Ibañez; El Espíritu Santo en la teología patristica. Carmelo Granado; Oración y Existencia Cristiana. J.M.Castillo; Espiritualidad del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento (2 Tomos) Giuseppe Bargablio; La religión de los primeros cristianos. Gerard Theissen; ¿Una iglesia posmoderna? In Sik Hong; Refundar la Iglesia. G.A. Arbuckle; El Espíritu de Dios. Geiko Muller; Ensayo sobre los Orígenes del Cristianismo. R Aguirre. Imágenes de una iglesia en misión. J. Driver; La Mesa Compartida. R. Aguirre.

36. Pero también está el temor de ignorar la dimensión vertical de la fe: El Dios del reino, la espiritualidad que debe animar el compromiso. Entramos aquí el tema de la experiencia de Dios, tan desprestigiada por lo círculos que pretendieron encontrar la totalidad de la vida eclesial en el compromiso político y la revolución sistémica. Muchos pensaron encontrar el reino de Dios en los planes políticos del socialismo y echaron su suerte en la lucha armada. Muchas iglesias se

volvieron canales logísticos para los movimientos armados y confundieron la justicia con la venganza. Pastores y congregaciones dejaron su naturaleza y especificidad como cuerpo de Cristo en el mundo, conforme a las Escrituras, y asumieron funciones delineadas en el manual de la revolución.

No es sólo comprometerse con el reino de Dios, es cuestión de relacionarse con el Dios del reino, también. Y esto plantea el tema de la experiencia religiosa tan descuidada en los círculos «seculares» de la fe. Aún hermanos muy ligados a la teología de la liberación de los años 70 y 80 y pioneros de la revolución, están adentrándose en los círculos pentecostales, para descubrir la fuente espiritual de tanto compromiso, transformación de vidas y energía envolvente que convierte a la persona humana. Como dice el adagio: la teología de la liberación optó por los pobres pero los pobres optaron por los pentecostales. Eso de por sí, ya dice mucho sobre la necesidad de no obviar la mística del compromiso.

37. No se puede ignorar que las dos figuras, históricamente fundacionales del cristianismo: Jesús y el apóstol Pablo, fueron en su condición de vida altamente comprometidas por la construcción de un nuevo modo de existencia humana. Pero ambos tenían una dimensión mística que alimentaba trascendentalmente su obra. No es cosa de concientización simplemente, no fue cosa de educación meramente, fue una experiencia mística de Dios la que replanteó, transfiguró y animó su trabajo por el reino de Dios. Pablo no llegó a la convicción de que el Jesús que él perseguía era el Cristo por la predicación apostólica sino por el aparecimiento del Resucitado en su caminar. A Jesús siempre lo encontraremos en hora de clamor ante el Padre. Ninguna etapa de la misión de Jesús estuvo desligada de una búsqueda del rostro de su Padre. Y fueron momentos extáticos los que definieron la conciencia de la misión mesiánica de Jesús -el bautismo, por ejemplo-.

La Neumatología como reflexión sobre la persona y obra del Espíritu Santo ha sido con frecuencia la cenicienta de la teología y de la práctica cristiana. Sin embargo, en perspectiva bíblica, la iglesia es fiel a su vocación cuando surge y actúa en el ámbito del Espíritu. Sólo en él: podemos derribar for-

talezas; desenmascarar y enfrentar a nuestro enemigo y sus manifestaciones individuales o estructurales; comprender y transmitir la verdad de Dios en cualquier contexto; vivir en total libertad independientes de los poderes de este mundo. Cuando la iglesia permite que se le encajone en espacios a los que no llega la corriente fresca del Espíritu, ésta muere por asfixia y con -y por - ella muchos más.

El movimiento misionero ha sido quien más ha tenido preocupaciones por comprender y vivir la plenitud del Espíritu, a raíz de las exigencias de los contextos espiritistas donde les ha tocado hacer la misión. Esto es casi natural, pues el Espíritu ha vinculado directamente a la iglesia con la misión de Cristo. Sin embargo, la ausencia de una reflexión teológica ha llevado a ciertos excesos de doctrinas referentes a la vida espiritual.²⁴

En virtud del Espíritu es que la iglesia puede asumir sus tareas en el mundo. A partir de su presencia y acción ella es: una *comunidad de poder* (fluyen señales y hechos imposibles a la capacidad del hombre), una *comunidad fraternal* (rompimiento de cualquier tipo de barreras humanas), una *comunidad de proclamación* (transmisión y proclamación del mensaje), una *comunidad profética* (reclamo y desafío de la rebeldía y desobediencia del hombre expresado en sus empresas humanas).

38. Pienso, pues que sólo nos queda una manera de hablarle de Dios al hombre de hoy: A la manera de Jesús, el Cristo. Quien nos mostró que el amor para amar al ser humano y comprometerme con la transformación de sus esclavitudes sólo tiene una fuente: Dios, el Padre. Buscar a Dios y vivir para el ser humano son dos dimensiones inseparables del hablar de Dios hoy. Esta es la realidad hacia la que orientamos la renovación espiritual de nuestra iglesia.

39. Quiero reiterar las reflexiones que dije hace unos meses en la inauguración de un templo:

- La grandeza sigue siendo la iglesia y no el templo: La misión de la iglesia no se agota en la construcción de

²⁴ Tal es el caso, por ejemplo, de muchas ideas sin sustento bíblico vinculadas a la guerra espiritual (la taxonomía jerárquica y la territorialidad de los espíritus). Sin embargo, los abusos en el entendimiento de ciertas doctrinas no niegan la realidad de las mismas.

templos, ya que, para Dios, su templo sigue siendo la iglesia, la comunidad del Espíritu. La búsqueda de la iglesia como humanidad nueva, como primicias del reino y como fermento que leude la masa, son las grandes proyecciones que nunca hemos de olvidar.

- La grandeza sigue siendo la misión y no la sensación: Reunir todas las cosas bajo el señorío del Jesucristo es el propósito de Dios. La obra del Espíritu no será el espectáculo de unas piedras sino la majestad de un mundo que revele la gracia y la gloria de Dios. De aquellas, ya sabemos que un día no “quedará piedra sobre piedra”. La misión de la iglesia no se agota en el logro de nuestros sueños sino en el logro del sueño de Dios: una nueva creación donde reine la justicia (2ª Pedro 3, 13)
- La grandeza sigue siendo la Palabra eterna y no las ideologías de turno: La Palabra no alimenta nuestro compromiso con expresiones sesgadas de la política humana, sino con el seguimiento de Jesús de Nazareth, y por tanto, con el propósito de Dios. Nuestra labor inspirada en la Palabra no se vincula con la preocupación de cambios de sujetos en la administración del Ejecutivo, sino con la implementación de la justicia. El profeta declara “no callaré, no descansaré hasta que su justicia resplandezca como la aurora y como antorcha encendida tu salvación” (Isaías 62, 1) La Palabra es nuestra lumbrera para no pensar que cumplimos cuando un partido de nuestra preferencia llega al poder, y, aún más, para evitar que los poderes de turno hagan lo que siempre buscan: esclavizar a la iglesia, domesticarla.
- La grandeza sigue siendo el poder del Espíritu y no el poder de las alianzas políticas: Se oye bonito hablar de participación en redes o alianzas, y podemos o debemos coordinar esfuerzos con los gobernantes nacionales o locales, pero no debemos olvidar que nuestra grandeza no está en nuestros interlocutores humanos –por muy encumbrados que estén en las gradas del poder- sino en la fuerza heredada de nuestro Señor: Su Espíritu. Lo que le abre paso a la iglesia en el mar de la historia no es su alianza con el Faraón –éste siempre

nos persigue para volvernos a esclavizar- sino el soplo de Dios. El poder de la iglesia no es el poder de sus alianzas, sino el poder del Espíritu.

Si estas cosas forman el tesoro no negociable de la iglesia, esta nación puede tener esperanza.

40. Quiero, por hoy, terminar citando a Ignacio de Latakia en su discurso al Concilio Mundial de Iglesias en julio de 1968:

“Sin el Espíritu Santo:

Dios está lejos;

Cristo queda en el pasado;

El Evangelio es letra muerta;

La Iglesia, una simple organización;

La autoridad se vuelve dominación;

La misión, una propaganda;

El culto, una simple evocación;

La vida cristiana, una moral de esclavos.

En cambio, con el Espíritu Santo:

El cosmos se levanta y gime en el parto del Reino;

El hombre lucha contra la carne;

Cristo resucitado se hace actual y está presente;

El Evangelio es fuerza de vida;

La Iglesia, signo de comunión trinitaria;

La autoridad, servicio liberador;

La misión, un Pentecostés;

La liturgia, memoria viva y anticipación;

La vida humana es divinizada”

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo de las siguientes empresas:



Tel.: 2225-0426



Construcción - Remodelación - Alquiler de Equipos - Carpintería
Teléfono: 2102-9412



Mercado Sagrado Corazón - Tel.: 7147-9033



Tel. 2276-7676



Tel.: 2124-1554



Centro Comercial Metrogalerías
Tel.: 2261 1846



www.ministeriosbetania.org



Venta, Reparación y Mantenimiento de Aires Acondicionados

Teléfono: 7351-7639



Col. Magaña, San Salvador
Encargos y Pedidos.: 2226-6674
panaderiaguevara@yahoo.com



Servicio confiable, seguro y garantizado



Mercado Sagrado Corazón, portón 4 Local #552
Tel.: 7272-2940

Motivo'Salon
Expertas en extensiones de cabello natural

Tel.: 2263-3647 / 7737-2105

Calzado
VERÓNICA

Tel.: 2221-3853


comedor
BETANIA

Teléfono: 25131814


Variedades
Gaby

Teléfono: 7882-3397

OPTICA


ROMERO

Teléfono: 7429 3763

Taller Industrial
ZOMETA
 Torno y Fresa

Madre Tierra 2, calle al Tikal, Poligono D #17, Apopa, S.S.
 Tel.: 7305-9438


Ramos Editores

Tel.: 2276-7676


Ramos
Distribuidores

Tel.: 2276-7676

Tienda
Byron
 APOPA

Tel.: 7248-6651


Venta de Tarimas
MARCELA

Teléfono: 7864-2412

Comedor & Pupusería

Bendición de Dios

Tel.: 7117 3132

Taller de
Joyería
Offir

Tel.: 7442-7446

Estructuras Metálicas


 APOPA - Tel.: 7903 6851

Una congregación, de trayectoria bautista histórica, da un salto cualitativo y cuantitativo. En calidad, pues desarrolla un ministerio que busca ser coherente con la vida, enseñanza y obra de Jesucristo. En cantidad, pues el Señor ha añadido un número considerable y creciente de personas: *de 100 que se reunían hace 5 años se ha llegado a un poco más de 1,500.*

¿Qué sucedió? ¿A qué vino esa nueva dinámica? ¿Qué método se ha descubierto? ¿Pertenece el Pastor Ramos a una nueva corriente de iglecrecimiento? ¿Son nuevas corrientes o es el antiguo Río de Dios que corre sanando todo lo que halla a su paso? ¿Estamos ante la vitalidad del Espíritu reflejada en las comunidades cristianas de Hechos de los Apóstoles?

Ante estas inquietudes, el autor articula las implicaciones para una comunidad evangélica en la cual el Espíritu Santo opera una conversión al reino de Dios conforme a las Escrituras.



El Dr. David Elías Ramos es el Pastor General de Ministerios Betania de El Salvador (MIBES). Expositor de la Palabra desde sus 15 años, cuando fue instalado como obrero encargado de la Iglesia El Dios Viviente (MCA) en Tapalguaca, departamento de La Paz.

Ha realizado sus estudios teológicos en el Seminario Teológico Centroamericano (SETECA) en Guatemala, en La Comunidad Teológica de México, Universidad Luterana Salvadoreña y en la Universidad de Deusto en Bilbao, España. Ha ejercido la docencia en el campo de los idiomas bíblicos y la exégesis neotestamentaria y ha participado en diversos Congresos de Teología a nivel continental.

